

ESTUDIOS MORALES.



Toribio el menor enseña al arrendatario el jorobado metido en el arca.

TORIBIO EL MAYOR Y TORIBIO EL MENOR.

Había en una ocasión, en una aldea, de cuyo nombre no quiero acordarme, dos aldeanos que se llamaban Toribio, y aun cuando había entre ellos paridad de nombres, no había igualdad de caracteres ni de fortuna. El uno era tan agudo y tan gozoso, como cándido y limitado el otro. El primero, el imbécil, poseía cuatro caballos, y el segundo no tenía mas que un caballo, y de esta diferencia nació la costumbre de designarlos con los nombres de Toribio el mayor, y Toribio el menor. Existía entre los dos aldeanos una especie de convenio, por el cual Toribio el menor estaba obligado á cultivar las tierras del mayor durante seis días de la se-

25 de Julio de 1852.

mana, y de unir entonces su caballo á los cuatro de su vecino. En recompensa de este servicio, Toribio el mayor prestaba al menor el sétimo día de la semana sus cuatro caballos.—¡Hola! ¡hola! ¡mis cinco caballos! exclamaba entonces Toribio el menor con acento orgulloso, apaleando á los cinco caballos que aquel día contemplaba como suyos. ¡Arre, arre! repetía viendo pasar á los habitantes del pueblo vestidos con la ropa de los días de fiesta de camino hacia la iglesia. Toribio el menor, se creía entonces el hombre mas feliz del mundo; el sol le parecia mas espléndido, y el sonido de las campanas mas armonioso. ¡Arre, arre, mis cinco caballos! repetía apaleándolos.

—Te envaneces con poco fundamento, le decía Toribio el mayor, pues no hay mas que un solo caballo que sea tuyo.

Tomo x. 19

—Es verdad, respondía Toribio el menor; no lo volveré á decir.

Pero no bien distinguía nuevos transeuntes, olvidaba la prohibición de su vecino y su promesa.

—¡Arre, arre, mis cinco caballos! exclamaba al instante, ¡arre, arre!

—Te prohibo solemnemente, le dijo encolerizado Toribio el mayor, que repitas mas esas palabras, ó te castigaré por tu mentira y tu vanidad.

—Bien, no lo diré mas, dijo Toribio el menor; y esta promesa la hacia de muy buena fé; pero al domingo siguiente, cuando vió á los campesinos que caminaban hácia la iglesia, le dieron los buenos días y se pararon para mirarle, vió que no habia en el mundo una felicidad mas grande que la de poder cultivar la tierra con cinco caballos, y olvidando otra vez su promesa y la amenaza de su vecino:

—¡Arre, arre, mis cinco caballos! exclamó: ¡arre, arre!

—Yo buscaré la manera de impedir que te lisonjees por mas tiempo de lo que no debes, exclamó Toribio el mayor, quien llegó enfurecido y armado de un enorme palo, y dió con él tan terrible golpe sobre la cabeza del caballo de Toribio el menor, que le dejó muerto en el acto.

—Mi pobre caballo, exclamó Toribio derramando un torrente de lágrimas y entregándose á toda la violencia de su dolor, pues el caballo que acababa de perder constituia toda su fortuna; ¡pobre caballo mío! y se dejó caer á su lado sollozando. Sin embargo, despues de haber llorado mucho, le fué preciso pensar en calmarse y buscar algun nuevo recurso. Entonces abrió su caballo, disecó su piel, la introdujo en un saco que echó sobre sus espaldas, y se dirigió hácia la ciudad mas inmediata, con el intento de vender esta piel. Pero habia una gran distancia que recorrer, y un inmenso bosque que atravesar. Toribio se perdió en él, y antes de haber podido encontrar su camino, se cerró la noche, y no pudo ya pensar en llegar á la ciudad antes que viniese el día. Ultimamente distinguió una pequeña alquería, cuya luz parecia sonreírle al través de los vidrios de sus ventanas.

—Indudablemente, pensó Toribio, encontraré allí un abrigo para pasar la noche.

Llamó, pues, á la puerta: una muger se asomó por una ventana, y cuando supo lo que el caminante pedia:

—Volved atrás, le dijo, yo no puedo introducir á nadie en mi casa durante la ausencia de mi marido: seguid vuestro camino.

Y cerró la ventana.

—Con que ¿será preciso que yo pase la noche al aire libre? se preguntó Toribio. Despues de todo, añadió viendo una gran piedra de molino arrimada al lado de la casa y abrigada por una techumbre de paja, me parece que no estaré mal acostado en lo alto de esta choza, si es que puedo llegar á ella. Se encaramó por la piedra de moler trigo, y al mismo tiempo que se movia encima de la pajaza para situarse con comodidad, vió que las puertas de la ventana estaban solamente medio entornadas, y que podia bien observar lo que pasaba dentro. En una habitacion habia una mesa puesta, sobre la cual se veian dos cubiertos, pan, vino, un plato de carne asada y frutas. Los dos comensales eran la dueña de la alquería y el sacristan del pueblo, hombre diabólico; pequeño y jorobado, inventor perpétuo de muchas travesuras, y el que por esta razon era el espanto de todo el pais; todos le temian, menos la dueña de la alquería,

á la cual ayudaba en sus quehaceres domésticos, y á la cual la comia las tortas y los bollos que hacia, porque era muy goloso. Ambos se sentaron á la mesa, cenaron con buen apetito, y Toribio observó que la dueña de la alquería reía con todo su corazon escuchando las historias del jorobado, llenaba á menudo su vaso, que vaciaba en su estómago con extraordinaria prontitud.

Y mientras que se agitaba sobre la piedra y suspiraba de envidia, los pasos de un caballo que parecia aproximarse á la casa llamó su atencion; pocos momentos despues estaba delante de la puerta, donde se detuvo, y un hombre se apeó; era el dueño de la alquería que regresaba de la ciudad, donde habia concluido sus negocios mas pronto que de costumbre.

Este labriego era el mejor hombre del mundo, pero no podia sufrir al jorobado; su presencia le enfurecia, y siempre que se le presentaba la ocasion se vengaba de los perjuicios que ocasionaba á sus vecinos. El arrendatario era considerado en el pais como *desfacedor de entuertos*, y por eso el jorobado, que lo sabia muy bien, le huía con suma cautela, y solamente en su ausencia iba á visitar á la esposa; y esta que estaba deseosa de estar bien quista con el pícaro sacristan, para no esponerse á sus pérdidas inclinaciones, no le dejaba nunca partir sin haberle dado de cenar lo mejor que encerraba en su despensa. A la voz del arrendatario, que llamó á la puerta, los dos se quedaron inmóviles; luego la esposa, preveyendo de antemano, la cólera de su marido, suplicó al jorobado consintiera en ocultarse en un gran cofre vacío que estaba en un rincon detrás de la puerta. Sobrecogido de espanto, y creyendo ya sentir sobre sus costillas los efectos de esta cólera, se metió en el cofre; al instante bajó la esposa, despues de haberse apresurado á ocultar en el horno los restos de la cena, á fin de que su marido no viese nada.

—Si, si, esconde, murmuró á media voz Toribio el menor sobre la piedra de moler.

—¿Quién habla allí arriba? preguntó el labriego, que tenia el oído muy fino, y que dirigió la vista hácia la ventana, donde apercibió á Toribio.

—¿Qué haces ahí? Baja y entra conmigo en mi casa.

Toribio obedeció, y refirió entonces al aldeano cómo se habia perdido, y le suplicó, lo mismo que lo habia verificado con su muger, que le concediera hospitalidad por aquella noche.

—Eso desde luego, respondió el arrendatario; entra y cenaremos juntos.

La aldeana los recibió con mucha cordialidad; puso dos cubiertos en el extremo de una larga mesa con un plato de puches, del cual comió el arrendatario con extraordinario apetito, mientras que Toribio no hizo mas que probarle, pensando en el excelente asado que estaba escondido en el horno, con el pescado frito y la succulenta torta. Para no comer lo que habian presentado, imaginó pisar muchas veces sobre su saco, que habia situado debajo de la mesa, y el cual contenia la piel de su caballo, y á cada movimiento de su pie sonaba de un modo particular el cuero disecado.

—¿Qué ruido es ese? preguntó el arrendatario.

—¡Silencio! respondió Toribio, y pisó de nuevo la piel del caballo, que tambien sonó nuevamente.

—¿Qué hay, pues, en este saco? preguntó el labriego otra vez.

—Es un hechicero que traigo aqui dentro, repuso Toribio

fingiendo cierto aire misterioso. Voy á preguntarle; y se guntó si queria cederle el hechicero que llevaba en su saco. agachó como para poner su oido mas cerca del saco.

—Y bien ¿qué dice el hechicero? preguntó el arrendatario.

—Dice que no debemos tocar este plato de puches, porque segun el poder que tiene, ha puesto en el horno un excelente asado, pescado frito y una torta.

—¿Qué nos estás contando? dijo el aldeano riéndose.

Pero abrió el horno, donde con grande admiracion y alegría halló la cena en cuestion, que en su crédula sencillez atribuyó al poder del pretendido hechicero. En cuanto á la aldeana, que tenia sus razones para aparentar creerlo tambien, se apresuró á poner sobre la mesa el asado, el pescado frito y la torta.

De repente la piel del caballo gritó nuevamente.

—¿Qué dice otra vez el hechicero? preguntó el campesino.

—Dice, señor, que hay tambien en el horno tres botellas de un excelente vino.

La muger del labriego, cada vez mas alarmada, corrió á abrir el horno, y fingiendo una grande sorpresa, sacó las tres botellas del vino añejo que el arrendatario encontró tan bueno, y del cual bebió tanto, que muy pronto se puso un tanto alegrillo, y declaró á Toribio que era hombre capaz de dar cuanto tenia por poseer semejante hechicero.

—Estoy seguro que tu hechicero puede, si se le antoja, hacernos ver al diablo, y á fé mia que en este momento me siento con ganas de verle en mi presencia.

—¡Oh! respondió Toribio; mi hechicero puede todo lo que quiere, y tengo mis razones para estar cierto que hará todo cuanto yo le mande. ¿No es verdad? preguntó Toribio pisando la piel de su caballo, que respondió al instante por medio de un grito.—Pero el diablo, continuó, es muy feo, y si he de daros un consejo es que le dejéis tranquilo.

—No importa, no importa, respondió el aldeano; no tengo miedo y quiero verle.

Toribio pisó de nuevo el saco.

—Y bien, exclamó el labriego ¿qué dice?

—Que consiente en hacer que aparezca el diablo, pero bajo la forma de un jorobado.

—¡Huf! ¡qué figura tan odiosa va á tomar! Pero no importa, consiento en ello; ya sé que es el diablo, y por lo tanto no me pondré encolerizado; pero que no se acerque mucho á mi.

La piel del caballo chilló en este momento.

—¿Qué dice el hechicero?

—Que no teneis mas que abrir ese cofre que está detrás de la puerta y encontrareis al diablo; pero dice ademas que debeis sostener la cubierta con firmeza, y cerrar al punto para que no se escape.

—Ven, pues, á ayudarme, dijo el aldeano.

Y los dos se dirigieron hácia el cofre, donde el pobre jorobado se hallaba acurrucado y mas muerto que vivo. El aldeano habiendo levantado un poco la cubierta del cofre, reconoció su cara.

—Sí, ¡es verdad que es el diablo! exclamó cerrando el cofre y retrocediendo asustado hasta la mitad de la sala. Lo he visto, es una estampa del maldito jorobado que yo tanto aborrezco!

Toribio para tranquilizarle le echó un buen vaso de vino, que el aldeano se bebió de un trago, y de nuevo le pre-

—Imposible, dijo Toribio el menor; pensad que yo perderia todo el provecho que saco de mi hechicero, y este provecho es harto considerable.

—Pero si yo te doy en cambio un bolsillo de dinero, dijo el aldeano.

Toribio pareció titubear.

—Es cierto, dijo, que vos habeis sido bueno para mi, que me habeis dado hospitalidad y una buena cena; pero mi hechicero es un tesoro y... si yo consiento en darle, es menester al menos que el bolsillo de dinero que me ofreéis esté lo mas lleno posible.

—Lo estará, tú puedes contar con ello, respondió el campesino encantado; estará tan lleno como deseas; pero con una condicion, y es, que tú me desembarazarás de este cofre, pues yo no quiero tenerle una hora mas en mi casa; pues, ¿quién podria asegurarme que el diablo habiéndose metido en él una vez, no se meterá otra?

Hechas las condiciones, Toribio el menor, entregó al aldeano el saco que contenia la piel del caballo, y recibió en cambio un bolsillo lleno de dinero, y ademas una especie de carreton para poder trasportar el cofre y el dinero; y despues de haberse despedido del buen arrendatario y de su muger, penetró en un grande bosque al extremo del cual corria un grande y profundo rio sobre el que se elevaba un puente. Cuando llegó á la mitad de este puente, Toribio se detuvo de pronto.

—¡Por vida del chápito! ¿Qué necesidad tengo yo de llevar mas tiempo conmigo este molesto cofre vacío? Pesa tanto, que parece que va lleno de piedras; estoy cansado de caminar así; no dejemos escapar una ocasion tan buena y echémosle al rio.

Y hablando de esta manera, sacó el cofre del carreton y se disponia á arrojarle al agua, cuando se oyeron los acentos mas lastimeros que partian del interior del mueble.

—¡Ay! ¡ay! ¡Tened compasion de mí! ¡Dejadme vivir: decia el pobre jorobado medio muerto del susto.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que todavía tenemos aqui al diablo? repuso Toribio; razon de mas para echar el cofre al rio. Pronto; despachemos.

—Por compasion, escuchadme, yo os lo suplico, respondió el prisionero, yo os prometo si me salvais la vida, daros en recompensa un bolsillo lleno de dinero.

—Si eso es así, consiento en no echar el cofre al rio; pero no saldrás de él si no me das el dinero al momento.

—Conducidme pronto á mi casa, ya vereis si sé sostener mi palabra.

Y Toribio tornó á poner el cofre sobre el carreton, y el jorobado viéndose en su casa y libre de su estrecha prision, y del miedo de ser ahogado, se apresuró á sostener su promesa, y dió á Toribio otro bolsillo de dinero.

—No tendré razon, si no confieso, pensaba caminando hácia su aldea llevando su carreton cargado con su fortuna, que mi caballo ha sido plenamente pagado. ¿Qué dirá Toribio el mayor cuando me vea tan rico?

Y cuando llegó derramó el contenido de sus dos bolsillos en medio de su cuarto, y pidió á Toribio el mayor que le prestase una medida.

—¿Qué querrá medir? pensó este último; y curioso de saberlo untó con brea el fondo de la medida, á fin de que algunas partículas de lo que iba á medir se quedasen allí pe-

gadas, para que su curiosidad quedara satisfecha por este medio. Con efecto, el resultado fué como lo había previsto, y cuando le devolvieron la medida, observó con asombro tres monedas de plata que habían quedado pegadas en el fondo. Dirigióse al punto á casa de Toribio el menor.

—¿De dónde te viene tanto dinero? preguntó, haciéndole saber cómo había descubierto su secreto.

—De mi pobre caballo, cuya piel he vendido, le contestó Toribio el menor.

—A fé mía que te la han pagado muy bien, repuso el otro; y regresando á su casa, cogió un hacha y mató á sus cuatro caballos, despues de lo cual los despojó de sus pieles, las puso en una carreta y las llevó á la ciudad.

—¡Pielés! ¡pielés! iba gritando por todas las calles; quién quiere comprar pieles, ¿quién quiere cueros?

A semejantes gritos, guarnicioneros, zapateros, etc., salieron á sus puertas y preguntaron al vendedor el precio de sus pieles.

—Un bolsillo lleno de plata, respondió Toribio.

—¡Está loco! dijeron todos á un tiempo. ¿Qué se habrá figurado?

—¡Pielés! ¡pielés! gritó de nuevo Toribio el mayor, ¿quién quiere comprar pieles y cueros excelentes?

Y á todos los que le preguntaban el precio respondía siempre:

—Un bolsillo lleno de plata por cada una de mis pieles.

—Decididamente, este campesino quiere burlarse de nosotros, dijeron.

Y todos los menestrales se acercaron con las herramientas de su oficio, y maltrataron al desventurado traficante de pieles de caballo.

—¡Ah! ¡pielés, pieles! exclamaban burlándose y pegándole; espera, espera, y adobaremos la piel. Echemos á este loco de la ciudad, y castigüémosle como se merece.

Y Toribio el mayor, perseguido y molido á palos, se apresuró á salir de la ciudad; pero no sin haber jurado vengarse de Toribio el menor por la afrenta que acababa de recibir.

Este entretanto había perdido á su anciana sirvienta, á quien colocó en su propia cama para velarla la noche postrera. Toribio el mayor penetró hasta la alcoba con precaución, y creyendo que Toribio el menor descansaría allí, descargó un furioso hachazo diciendo que de aquel modo no se burlaría mas de él.

Pero Toribio el menor, que lo había observado todo, y asombrándose de la pérfida maldad de su envidioso enemigo, vistió á la difunta con su mejor trage, y colocándola en un carro se puso en camino de la ciudad. Para descansar un momento se paró en una taberna y pidió un vaso de vino, diciendo al tabernero que llevase otro á una muger que venia en el carro, advirtiéndole que no la hablase, porque era tan completamente sorda que no le oiría. El tabernero lo hizo así, mas viendo que la muger no tomaba el vaso por mas señas que la hacía, se encolerizó, y arrojóla el vaso á la cabeza con tal ímpetu, que la hizo perder la posición en que la había colocado Toribio, cayendo tendida en el carro.

Este acudió en seguida, y luego agarró al tabernero por el cuello diciéndole que había muerto á su pobre sirvienta. El tabernero asustado le suplicó que aceptase un bolsillo lleno de dinero para ocultar aquella desgraciada casuali-

dad, á lo cual accedió Toribio el menor, regresando contento á su casa despues de haber enterrado á su sirvienta con toda solemnidad.

Volvió á pedir á Toribio el mayor la medida para calcular como anteriormente su dinero, y este, asombrado de verle vivo, al dársela le preguntó de dónde sacaba aquella riqueza; á lo cual contestóle Toribio el menor que era el precio del cadáver de su pobre sirvienta.

Toribio el mayor, diciendo entre si que aquella era una excelente mercancía, regresó á su casa, tomó el hacha terrible, mató con ella á su anciana sirvienta, la metió en un carro y partió á la ciudad.

—¿Quereis comprar un cadáver? preguntó á un boticario; yo tengo uno que venderos.

—¿Y de dónde habeis tomado ese cadáver? preguntó el farmacéutico con aire sospechoso.

—Es el de mi vieja sirvienta, respondió Toribio el mayor; era sorda, ciega y paralítica, y no servía para nada, por lo cual la he matado y he resuelto venderla por un bolsillo lleno de plata.

—¡Vos sois un miserable loco! exclamó el boticario horrorizado; y si lo que decís es verdad, podrá muy bien costaros la cabeza.

Se puso entonces á demostrarle la atrocidad de la acción de que se lisonjeaba, haciéndole presente cómo haciéndose culpable de este acto de impiedad y de crueldad, merecía ser condenado á muerte por la ley; en fin, le asustó tanto, que subiéndose en su carro se puso en fuga, y apaleó tan vigorosamente á su caballo que este empezó á galopar, y al poco tiempo se hallaba fuera de la ciudad.

—¡Tú me las pagarás! murmuró Toribio el mayor á la vez que caminaba, maldito embustero.

Cuando se vió en su casa cogió el saco mas grande que pudo haber á las manos, y corrió á casa de Toribio el menor.

—Me has engañado, le dijo; por tus consejos yo he matado á mis cuatro caballos y á mi vieja sirvienta; has inventado dos mentiras para perderme; pero todo ha terminado. No me engañarás mas.

Y diciendo estas palabras, asió con mano firme á Toribio el menor, que mucho menos fuerte que él se vió obligado á entrar en el saco, el cual ató Toribio el mayor fuertemente y se lo echó al hombro con intento de ahogarle. Pero antes de llegar á la orilla del rio era necesario andar mucho camino y pasar por delante de una iglesia donde se oía el sonido del órgano así, como la voz de los fieles, pues este día era precisamente domingo. Toribio el mayor que no se encontraba mal predispuesto para descansar un poco, pues Toribio el menor pesaba demasiado, depositó el saco delante de la puerta de la iglesia, y como estaba perfectamente atado, y el prisionero imposibilitado para escaparse, entró en la iglesia con entera seguridad.

El pobre Toribio el pequeño, se agitaba vivamente en su saco; por mas que se movía, la cuerda no podía romperse, y sus lamentos eran cada vez mas desgarradores.

—¡Bondad divina! ¿Será preciso que tan jóven vuelva á entrar en el otro mundo?

Un viejo pastor que guardaba su rebaño cerca de allí apoyado sobre su palo le oyó.

—Te quejas de lo que haría mi alegría, le respondió, pues

yo que soy tan viejo, tan miserable, no puedo conseguir pasar á ese nuevo mundo que tanto temes.

—Pues bien, desata la cuerda del saco, repuso Toribio y ponte en mi lugar, y yo te prometo que no pasará mucho tiempo sin que dejes este mundo y vayas al que deseas ver.

El viejo pastor, desató al momento el saco, y salió de él Toribio el menor gozosamente dando las gracias al pastor.

—Te recomiendo mi rebaño, le dijo el pastor entrando en el saco; vigílalo y cuidalo bien.

—Descuida, respondió Toribio el menor; vuestro rebaño no carecerá de nada.

Y hablando de este modo, ató el saco fuertemente, y tomando el palo del viejo pastor se alejó al instante llevando por delante todo el ganado. Poco tiempo despues, Toribio el mayor salió de la iglesia y volvió á cargar con el saco que le pareció mucho mas ligero, lo que atribuyó al descanso que habia hecho, y se encaminó hácia el rio, y habiendo llegado á su orilla, tomó el saco y le arrojó al agua con el viejo pastor.

—No volverás á engañarme, dijo.

Y satisfecho de su accion emprendió el camino con direccion á su casa. Pero ya estaba á punto de llegar á ella y quedó estupefacto viendo delante de sí á Toribio el menor conduciendo su ganado.

—¿Cómo! exclamó al verle. ¿No acabo de lanzarte en el rio?

—Es verdad, respondió Toribio el menor; hace una hora poco mas ó menos.

—¿De dónde has sacado este magnífico rebaño?

—Son animales marinos, repuso Toribio el menor; pero voy á referirte el asunto y verás cómo debo estar reconocido, porque me has hecho un gran servicio echándome en el rio. Caminaba hácia el fondo del agua sin la menor dificultad, sin la mas leve incomodidad; allí ví las mas hermosas praderas cubiertas de yerbas; me tendí sobre el musgo, cuando senti que se desataba el saco donde tú me habias encerrado, y al momento me cogió de la mano una bella jóven y me sacó de allí diciéndome:

—Gracias á Dios que te hallo, amigo Toribio; hace mucho tiempo que te esperaba para enseñarte el camino que debe conducirte á la felicidad, es decir, á la posesion de un magnífico rebaño que hallarás á una legua de aqui.

Despues de haber tomado instrucciones, seguí la corriente del rio, que es el camino real de los habitantes de estas regiones: jamás he visto un pais mas hermoso que éste.

—Si tan bien te hallabas en él, ¿por qué le has dejado tan pronto?

—Porque he querido, para llegar mas pronto, tomar el camino de travesía, que me ha evitado las sinuosidades del rio. Cuando llegué al parage indicado, encontré, como lo ves, el hermoso rebaño prometido, y vuelvo con mis animales á las bellas regiones acuáticas de que te hablo.

—Preciso es convenir en que eres un bribon muy dichoso, dijo Toribio el mayor, aturrido con la historia que acababa de escuchar. Pero, ¿crees tú que si yo fuese al fondo del agua encontraria tambien un rebaño?

—Yo no lo dudo, respondió Toribio el menor; pero en

conciencia yo no puedo llevarte sobre mis espaldas, pues eres demasiado pesado para mí; pero si quieres adquirir un saco y llegar á la orilla del rio yo te prometo hacerte este servicio arrojándote al agua.

—Yo estaré allí antes que tú, respondió Toribio el mayor; pero te prevengo, que una vez en el fondo del agua, sino encuentro un rebaño semejante al tuyo, volveré á lavarte la cabeza de una manera particular.

—Bien, bien, dijo el otro, y dejándole partir delante, continuó tranquilamente su camino guiando su rebaño.

Hacia ya mucho tiempo que Toribio el mayor le esperaba cuando llegó á la orilla del rio, á donde acudió el rebaño que se moria de sed.

—¿Ves cómo se apresuran mis animales á entrar en su elemento? exclamó Toribio el menor; ¿ves qué impacientes están por llegar al fondo del agua?

—Deja aqui á tus animales, repuso Toribio el mayor, y ayúdame á entrar en el saco.

Y cuando estuvo dentro:

—Mete ademas una piedra en el fondo del saco, dijo, para que llegue mas pronto al fondo del agua.

—Descuida, le dijo Toribio el menor; ya te hundirás sin trabajo.

Y como el otro insistió para que le pusiera una piedra en el fondo del saco, fué á recoger la mas grande que pudo hallar, la metió dentro del saco, que ató en seguida fuertemente. Luego dándole un puntapie desapareció el saco con la rapidez de una flecha.

—Ahora busca tu rebaño marino, dijo Toribio el menor, conduciendo el suyo, y emprendiendo el camino que conducia á su aldea.

Así, aquel de los dos Toribios que habia querido siempre dañar al otro, encontró el justo castigo de su perversidad. Sin embargo, no debe deducirse por este cuento, que es lícito hacerse justicia y de devolver hasta á un malvado mal por mal; Toribio el menor fué culpable en esto, y por eso recibió á su debido tiempo el castigo merecido, pues cuando entró en su casa no encontró sus bolsillos llenos de monedas de plata: habia entrado un ladrón y arrebatádole su tesoro, y solo le quedaba á Toribio el menor el rebaño del viejo pastor.

A. ARAGON.

LOS CINCO SENTIDOS.

Cada uno para sí y Dios para todos.

La condesa de la Vista, la marquesa del Oído, el baron del Gusto, el vizconde del Olfato y el duque del Tacto. — Discusion. — Informes. — Pruebas. — Recuerdos. — Buffon. — Haller. — Condillac. — Brihat-Savarin. — Lecat. — Helvecio. — Beethoven, etc. — Acuerdo. — Conclusion.

En una de esas noches de invierno en que las tertulias ofrecen un doble atractivo, merced al tiempo crudo que reina en lo exterior, hallábanse reunidas en círculo delante de una antigua chimenea, á cuyo alrededor se habian pasado muchas veladas y referido infinidad de cuentos, cinco personas casi de una misma edad, pero de diferente aspecto.

Estas cinco personas hablaban, lo cual no sucedia solo

entonces pues que tambien se habla hoy. En uno de los lados de la chimenea y sobre un cómodo sillón, se hallaba sentada una dama ya de edad madura y de un volúmen respetable. Su nariz entre rosa y encarnada, entre delgada y gruesa, entre afilada y redonda, sobrellevaba con impasibilidad ese adorno, un tanto equivoco, que en nuestras provincias meridionales se llaman *espejuelos*. Y cuenta que en esto no había nada de coquetería, porque además de que los espejuelos eran azules, una pantalla de seda verde manzana protegía los ojos contra una lámpara, que en honor de la verdad no alumbraba gran cosa; mas para hablar no se necesita luz. Esta dama era la condesa de la Vista.

Cerca de ella estaba sentado un caballero anciano, cuyo traje podía á duras penas hermanar con el rostro. El uno, este último, parecía tener ya una fecha demasiado atrasada, á juzgar por ciertas indiscretas y solapadas arrugas. El otro, el traje, resplandecía al contrario con el brillo de una bulliciosa juventud, y desaparecía literalmente entre las oleadas de cintas y de encages. Traje y rostro componían el barón del Gusto.

A su derecha, formando el centro del medio círculo, un señor viejo, de nariz prolongada, y cuyas ventanas se dilataban prodigiosamente, olfateaba sin cesar ya hácia un lado, ya hácia otro. Siempre á la pista de cualquiera olor bueno ó malo, analizaba con la mayor escrupulosidad la cosa mas tenue; criticaba la lámpara porque olía al aceite, la chimenea por el fastidioso olor del hollín, al barón del Gusto, porque había peinado la mitad de su peluca con pomada de violeta, y la otra mitad con franchipana. Este gran inquisidor se llamaba el vizconde del Olfato.

Cerca de él, en una actitud grave y reflexiva, estaba otro señor anciano cuyo rostro respiraba gran respeto de sí propio. Nacido de noble alcurnia, en un grado aun mas de nobleza que su padre, por causas que serían muy largas de referir, había perdido en su juventud toda su fortuna; pero por muy vulgar que fuese era indispensable comer. Apurados ya todos sus recursos y reducido al último extremo, nuestro buen noble pensó en lo que había de hacer, y después de mil planes, una circunstancia particular decidió de su elección. Bastante feo en el conjunto, tenía, sin embargo, una belleza positiva, incontestable ¡su mano! Su mano: aquella mano famosa, siempre suave y blanca, era por decirlo así, una muestra viva de la aristocracia de su propietario. Se necesitaba, pues, una carrera para manifestar aquella muestra, y nuestro noble se hizo médico, no creyendo que rebajaba su clase buscando enfermos. Varió en algun tanto el engorroso apellido de sus mayores, y se bautizó simplemente con el título de duque del Tacto. Bonito nombre, por vida mia, para un médico. En la actualidad nuestro noble se ha retirado de su profesion, dejando la lanceta, volviendo á tomar su espada, y conservando siempre su preciosa mano.

Al otro ángulo de la chimenea, en fin, en uno de esos sillones que hubieran añadido á la ilustración de Voltaire una gloria en que no habría pensado, una gloria de tapicero, se hallaba sentada otra señora anciana sin vista, pero de rostro espresivo y animado. ¡Sin vista y rostro espresivo! Bravo, esto se presenta á las mil maravillas. Voy á explicarme: á la edad de veinte años, un cruel accidente, que para nada hace al caso saber, había dejado ciega á esta señora. Abumada en un principio bajo el peso de tal desgra-

cia, no tardó en armarse de valor, y luego esforzándose en compensar la pérdida de una facultad con la conquista de otra, trató de ver con el oído; así es que consiguió tenerle finisimo. Oía hasta lo que pensaba su vecino, solo con que pensara un poco alto; llamábasela la marquesa del Oído.

Estas cinco personas aisladas, sin familia, se amaban en extremo; se reunían todos los días, y como conviene á gentes que se aman mucho y se reúnen diariamente, disputaban siempre, y jamás se ponían de acuerdo en sus opiniones. La naturaleza había concedido á cada cual una facultad predominante, y ¡coincidencia extraña! simpatizando con la naturaleza, la suerte había hecho que cada una de estas personas tuviera el nombre de aquella facultad. La condesa de la Vista había tenido muy buenos ojos; el barón del Gusto reconocía en un ramo de flores las partículas más dudosas; el vizconde del Olfato olía una legua á la redonda; el duque del Tacto contaba los granos de arena sobre la superficie de un espejo; y la marquesa del Oído ¡oía el pensamiento de su vecino!

Ahora bien, en la noche de que vamos hablando, recayó la conversacion sobre asuntos científicos. Todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se esforzaban en hacer prevalecer el sentido cuya imagen ó idea espresaba su nombre. Observábanse allí las formas académicas; cada uno sostenía su opinion, pareciendo verdaderamente que algun espíritu maligno había arrojado en aquella sociedad el germen de la discordia.

—¡Ah, señores! decía la condesa de la Vista, ¿es posible que recuseis el supremo poder de los ojos?

—Esplicáos, hermosa dama, repuso el barón, quien por su coqueta galantería, se juzgaba el representante obligado de los finos modales y del lenguaje escogido. ¿Queréis decir que rechazamos el poder de los vuestros? Esto no es posible.

—Mi querido barón, repuso vivamente la condesa, mis anteojos son azules y mi pantalla verde, por lo que vuestra galantería se ha marchitado; yo hablo de los ojos en general. ¿Sabeis, pues, amigos míos, lo que es ver? Es asistir á todas horas al magnífico espectáculo de la creación, es ser parte efectiva de un todo sublime, es conocer cuanto hay de bello, de espléndido, de grandioso; es apreciar exactamente los colores...

—Que lo diga si no ese sastre escocés, que sin la menor aprension pone golpes color de escarlata á un calzon negro de seda, interrumpió el barón del Gusto, picado de la ocurrencia de su vecina.

—Se vé de muchas maneras, vecino, lo mismo que hay buen y mal gusto; pero lo repito, para quien sabe lo que vale, la vista es el sentido mas precioso y mas rico con que el Ser Supremo ha dotado á las criaturas.

—Sin embargo, querida amiga, interpeló la marquesa del Oído, hay circunstancias en que duerme esta omnipotencia. Ese sentido que tanto alabais, no es mas que un sentido secundario; y si no, apáguese la lámpara que nos ilumina, y ese gran poder queda reducido á la nada. Creedme, los ojos no pueden compararse con los oídos; estos en efecto, son completamente independientes. Por el día, durante la noche, yo, pobre ciega, oigo siempre, y aun cuando desde hace mucho tiempo carezco de la dicha de veros, tengo constantemente el placer de escucharos.

—Señoras, señoras, exclamó el vizconde del Olfato, ¿no os parece que huele horriblemente á aceite?

—¡Válgame Dios, mi buen amigo, dijo el duque del Tacto, cuán desgraciado sois en tener un olfato tan fino! La marquesa ha supuesto únicamente que la lámpara se apagase, y vuestras narices la dan ya por apagada cuando luce á mas y mejor.

—¡Desgraciado por tener un olfato tan fino! ¿Habeis perdido la cabeza? Conocéis un goce semejante al de oler bien...

—¿El aceite de la lámpara ó el hollín de la chimenea? repuso interrumpiéndole el baron.

—No, la violeta de vuestra peluca ó el jazmin de vuestra pechera, querido baron, contestó el vizconde. Que la vista tenga cierta importancia, lo concedo, pero sin olfato su mision es incompleta, y me atreveria hasta asegurar que este último le lleva ventaja; Buffon ha dicho: un sentido semejante, es un órgano universal de sentimiento. Es un ojo que ve los objetos, no solo donde están sino en donde quiera que hayan estado. Mil flores hay quizá mas bellas que la rosa, pero es la soberana por el perfume, reina sobre las demas por el olor. Mas, ¿cómo huele á quemado! Alerta, duque. ¡Pronto, pronto, pisad esa chispa que quema la alfombra!

—Mi buen vizconde, debe ser ciertamente muy fatigoso el tener tan buen olfato, pues siempre estais con el alma en un hilo.

—Muy bien, compadecedme si os place, despues que os evito el quemaros.

—¿Vos impedir que yo me quemé? Permitidme un instante. Olvidais sin duda, amigo mio, que si vos oleis muy bien, yo tengo un tacto maravilloso y soy sensible hasta el extremo. Asi, pues, podeis conocer que no soy hombre que me deje quemar á medias sin sentirlo. Os he dejado hacer la apologia de vuestro buen olfato, ¿pero creéis que nada tenga que contestaros sobre eso? A Buffon, Buffon y medio. Si ha hablado algo en favor vuestro, ha hablado mucho en favor mio. ¿No ha sentido por ventura que la inteligencia debia su desarrollo al tacto?

—Convengo; pero tambien Haller ha dicho: los cabos del caballo se encierran en un casco, y el caballo sin embargo, es un animal inteligente.

—Está bien; mas el tacto para Condillac, es el único sentido que nos proporciona el conocimiento de los cuerpos; para Lecat, es el último refugio de la incredulidad.

—Si, pero por mas que hagan y digan Buffon, Condillac y el mismo Lecat, si colocan una bolita de miga de pan sobre dos dedos cruzados, no por eso dejarán de sentir dos bolitas.

—Y mirándola, dijo la condesa de la Vista, no hallarán mas que una; luego la vista rectifica los errores del tacto; y ya que el baron del Gusto consiente en no interrumpirme...

—Pero, señora, al fin no puedo menos de alzar la voz, exclamó el baron, sacudiéndose algunos granitos de rapé que la tradicion me obliga á colocar sobre su bien rizada pechera; porque yo no he interrumpido á nadie, aun cuando hubiera debido hacerlo con todos. Vosotros hablais sin cesar, y yo no he podido aun decir media vez siquiera que el gusto es el primero de todos los sentidos.

—¡Ah! ¡ah! exclamaron á una voz los otro cuatro interlocutores.

—¡Ciertamente! Porque al cabo el gusto es el sentido de la vida, el que nos proporciona goces que nada altera y que duran mientras la botella no está del todo vacia ó no hemos enviado á nuestro estómago la segunda ala de la perdiz. El gusto es el que diferencia al hombre del bruto; mejor dicho, al hombre de genio del hombre vulgar. Tambien un sábio, mi autor favorito, y que vale tanto como los que vosotros habeis citado, á quienes me glorio de no conocer, el gran Brillat-Savarin ha dicho: los animales toman el pienso, el hombre come, pero solo el hombre de talento sabe comer.

—¡Oh! vos sabeis comer, amigo mio, repuso la marquesa del Oido, con la benevolencia del ciego, y la dulce ironia de la superioridad.

—Muy cierto, querida amiga, contestó el baron. Pues qué ¿no es nada el poder, como los peritos gastronómicos de la antigua Roma, distinguir solo por el gusto el pescado cogido en esta ó aquella parte? El que os habla, si, yo, señor duque del Tacto, que me estais mirando como dispuesto á burlaros de mi aserto, podria decir los años, el pais, el cosechero de un vino cualquiera. Solo en su sabor particular, podria reconocer la pata sobre que la perdiz acostumbra á dormir; y permitidme os lo diga, yo no creo que Buffon, Haller ni Condillac, hayan podido hacer jamás otro tanto.

—Seguramente, querido, añadió el duque del Tacto, porque para Lecat, entre otros, el gusto no era mas que una especie de capricho. ¿Por qué, dice, la primera ostra que comi me produjo el horrible efecto de una medicina, y despues es una de las cosas que como con mas ansia?

—Eso es distinto, repuso el baron; si Lecat era muy aficionado á las ostras, eso habla en su favor. Pero quiero terminar diciendo en apoyo de mi opinion, que el gusto no solo es necesario, sino indispensable, y tanto que si del verdadero sentido se pasa al figurado, oimos decir á todas horas de cuanto no es conveniente, como el no gustar las ostras ó no comer buenas perdices: ¡oh! ¡qué mal gusto! Mientras que por el contrario, al hallar un conjunto que agrada á la vista y respira armonia (el baron del Gusto pasea una mirada de satisfaccion sobre su persona y atavios) se exclama al momento: ¡oh! ¡de qué buen gusto es eso!

—No quiero entrar en un certámen académico, querido baron; pero no puedo menos, si no lo llevais á mal, de dejar sentado que el Tacto es el primero, el mas importante de todos los sentidos, el que rectifica los demas; es el resumen de todas las perfecciones del entendimiento; criterio, ideas exactas, buen gusto, etc., etc.

—Pues, señores, exclamó el vizconde del Olfato, os aseguro que huele á quemado.

—Pues yo os aseguro, querido vizconde, dijo la condesa de la Vista, que padeceis una *olfato-mania*. El fuego está apagado y nada se quema. Siempre estais olfateando, y llegareis infaliblemente, os lo prometo, á oler la vispera los olores del dia siguiente. En cuanto á vos, baron, mi excelente amigo, os habeis defendido de un modo prodigioso, y vuestras razones me han convencido plenamente de que sois un hombre de juicio... á la mesa. Vos, mi apreciable duque, habeis herido un poco mi amor propio, porque yo me creia un tanto erudito y me habeis confundido con dos ó tres nombres de personas, de quienes jamás habia oido hablar hasta ahora. Os perdono, sin embargo, lo mismo que

al baron, siquiera por respeto hácia ese honrado señor Lecat, tan amante de las ostras. Y á vos, en fin, querida marquesa, mi indulgente amiga, quisiera tambien dirigiros alguna bromita para contrarestar hasta cierto punto las galanterías de nuestro antiguo amigo el baron.

—A la verdad, señora, exclamó el baron incorporándose sobre su sitio, que sois algo intolerante.

—Yo os lo dispenso, amigo mio, y voy á deciros al mismo tiempo por qué estoy tan encolerizada contra vos: no habeis reconocido mas que á la vista como el mas espléndido beneficio del Criador; que es el verdadero punto de partida de los conocimientos humanos; que ella permite al hombre atravesar un camino en las regiones de lo desconocido; que ella es quien ha revelado los deslumbrantes misterios de las esferas celestes; y que si yo os hablo con este entusiasmo es porque estoy justamente despechada.

—Ciertamente, mi buena amiga, dijo la marquesa del Oído, que hasta entonces habia escuchado con una atencion escrupulosa, aunque yo debiese atraerme los ataques de esa justicia que haceis buena y pronta para todos, no puedo adherirme á vuestra opinion; el sentido importante por excelencia es el oído.

—El primero de los sentidos es la vista, dijo la condesa.

—Es el gusto, dijo el baron.

—Es el olfato, dijo el vizconde.

—Es el tacto, dijo el duque.

—Paz, amigos mios, repuso sonriendo la marquesa del Oído; yo cedo por mi parte: no es el oído, pero seguramente tampoco es la vista, ni el gusto, ni el tacto, ni el olfato. Todos los sentidos se apoyan el uno en el otro y se auxilian mutuamente; pero jamás podian reemplazarse con exactitud. Cada uno de por sí forma una individualidad importante, pero todos reunidos constituyen un magnifico conjunto. La pérdida de uno solo es una pérdida dolorosa. Yo, pobre muger á quien el orgullo de los hombres parece haber entregado á la ignorancia, yo quiero tambien, como mi sábio amigo el duque del Tacto, dar pruebas de erudicion. Un desgraciado bibliomano llegó á estar primeramente ciego, despues sordo, y bien pronto perdió casi del todo el tacto, no conservándole mas que en los tegumentos esternos que circuyen el ojo. Esta era la única correspondencia que tenia con el mundo exterior. Su familia trazaba palabras en aquel sitio, y el desdichado comprendia! Allí tambien se estinguió la sensibilidad táctil, y este infortunado murió, dejando al fin una existencia que á tanto precio compraba. ¡Ah! ¡tambien yo tengo mi historia!

Mas pienso, caros amigos, que nuestra conversacion se va pareciendo mucho á un proverbio; y si fuera absolutamente necesario ponerlo en epigrafe, yo propoñdria por mi parte el de:

CADA UNO PARA SÍ, Y DIOS PARA TODOS.

P.



Estas cinco personas aisladas, sin familia, se amaban en extremo.

ESTUDIOS DE VIAGES.



San Petersburgo.—Vista del Neva: San Isaac, el Senado, la estatua de Pedro el Grande.

LA RUSIA Y LOS RUSOS.

SAN PETERSBURGO. — ASPECTO DEL VERANO.

Aspecto general.—Origen.—Pedro I.—Una ventana al Occidente.—Trabajos gigantescos.—El Neva.—Monumentos.—La comocion y el cólera.—El emperador Nicolás.—La memoria de Napoleon —Kamerad.—El palacio imperial.—El 1.º de enero.—El espíritu de Catalina.—Incendio.—El puente de Troisk.—Las islas.—Casas de recreo.—Bailes rusos, etc.

Una gran maravilla, creada en el siglo último y á la cual cada dia añade, si así puede decirse, una nueva maravilla, es sin disputa la ciudad de San Petersburgo. Esta magnífica ciudad, poco conocida todavía á pesar de la facilidad de las comunicaciones modernas, puede ser considerada como la mas completa manifestacion del genio moscovita; lleva impresa en todos sus edificios aquella fuerza de voluntad, aquel espíritu de persistencia inherente á la nacion rusa, cualidades que no sirven solamente para fundar capitales, sino ademas para asentar las bases de los grandes poderes.

TOMO X.

Cuando en un dia de verano, el viagero, dejando las aguas del golfo de Filandia, se encuentra de repente trasladado al seno de la magnífica ciudad de Pedro el Grande, no puede menos de quedar sorprendido á la vista del cuadro que se presenta á sus ojos.

El Neva no es en efecto un río comun. Ancho como un bósforo de agua dulce de superficie trasparente, corre fecundo reflejando en su límpido espejo una doble hilera de elegantes palacios, de suntuosos edificios, de monumentos de bronce, de oro, de pórfiro, de mármol, de granito, sembrados profusamente en sus riberas.

La ciudad aparece, pues, á los ojos del maravillado viagero, sin ninguna de aquellas vulgares transiciones que preparan la aproximacion de las grandes ciudades.—Se creeria al verla tan fresca y rozagante sobre las márgenes de su ancho río, que ha sido creada por la mano encantada de alguna hada. Vista desde el punto que acabamos de indicar, San Petersburgo no presenta mas que maravillas monumentales. La casa mas pequeña es un hotel; el hotel mas pequeño es un palacio, y los palacios pueden ser considerados como templos.

Ciertamente, al aspecto de este imponente y maravi-

lloso cuadro, de este río surcado en todos sentidos por los pirocafos, á la vista de aquellos puentes que se doblegan bajo la perpétua rotación de los carruages; á la vista de aquel panorama animado, pintoresco y magnífico, ciertamente, el viajero admirado, está lejos de pensar que en los mismos lugares no se hubiesen distinguido, hace menos de ciento cincuenta años, mas que vastos pantanos cubiertos de malezas y atravesados por un río solitario cuyo curso, continuamente obstruido por las yerbas y la arena que contenía, repartía sus aguas por entre los matorrales de su ribera, donde sostenía una porción de pútridos miasmas. Era un desierto húmedo y mal sano, hasta que el invierno venía á convertirle en un desierto de hielo.

Este desierto pertenecía á la Suecia: era menester vencerla para arrasarlo; era preciso en seguida vencer el desierto, es decir, desécarlo, consolidar el terreno, horadar los bosques, purificar los aires, crear, si así puede decirse, un suelo donde pudiera asentarse una ciudad, y una atmósfera donde pudiese respirar un pueblo (1). Era un milagro lo que había que hacer; y se llevó á efecto por la voluntad de un hombre, pero de un hombre que mandaba una nación disciplinada.

No será fuera de propósito observar aquí, que tenemos con respecto á la Rusia opiniones demasiado absolutas y un tanto erróneas: Voltaire las ha tenido también; él nos ha hecho considerar la fundación de San Petersburgo como la del primer príncipe moscovita que ha tenido la idea de introducir en Rusia la civilización occidental. Es un error. Cuando Pedro I acometió la empresa de dar á la Rusia la civilización de los pueblos europeos, no hizo mas que obedecer el pensamiento de Juan III, de Juan IV, de Boris Godounoff, y sobre todo de su padre, el czar Alejo; pero dotado de un genio que no habían tenido ninguno de aquellos príncipes, puso la civilización, digámoslo así, á la orden del día, y la decretó por un ukase. Añadamos que la fuerza de las circunstancias impulsaba á la Rusia en las vías occidentales. ¿Qué podía hacer entre sus inquietos vecinos de Oeste, y sus bárbaros vecinos de Oriente y del Mediodía, sino volverse hácia la Europa para pedir á sus instituciones la fuerza de defenderse y la fuerza de atacar? Pedro I lo comprendió perfectamente, y por eso atendió primero á las instituciones militares.

Se acordó que los rusos habían en otro tiempo poseído la Ingria, testigo de la gran victoria del príncipe Novogorod en las márgenes del Neva (2).

El czar, que quería abrir una ventana al Occidente como él decía, juzgó que la estremidad del golfo de Filandia, en la embocadura del Neva, era el lugar conveniente á sus designios. Pero el Neva y el golfo estaban en poder de los suecos. «Sé que ellos le ganarán primero, dijo con aquella conciencia del hombre superior que no abandona nada á la casualidad; pero á fuerza de batirnos nos enseñarán á vencerlos (3).»

(1) En 1611 una enfermedad contagiosa, producida por los miasmas pestilenciales que salían de los pantanos de la Ingria, atacó á la guarnición de una fortaleza sueca (Sautzev-Nya), que guardaba esta provincia. Solo dos soldados fueron los que se salvaron.

(2) El príncipe Alejandro derrotó á los caballeros teutónicos y á los suecos en las orillas de este río, de donde procede el nombre de *Neusky* que le fué dado. *Neusky* es el adjetivo calificativo sacado de *Neva*.

(3) Palabras de Pedro el Grande después de la derrota de sus tropas bajo los muros de Narva.

En 1703, la Ingria y el curso entero del Neva pertenecían á los rusos.

El Neva, á algunos kilómetros de su embocadura, se divide en distintos brazos, todos anchos y profundos, formando de este modo muchas islas, entonces estanques y cenagales, y hoy uno de los mas encantadores adornos de San Petersburgo. Esta disposición topográfica hirió la mente de Pedro el Grande. Designó, para edificar allí una fortaleza, un islote maravillosamente situado entre el río que le rodeaba por un lado, y un pantano impracticable que le guardaba por otro. Esta fortaleza debía proteger la ciudad, que en su pensamiento había evitado se fundase en sus riberas. Esta era la ventana que él quería abrir á la Europa.

Levantóse el islote, y la primera piedra de la fortaleza, cuyo plano había trazado el mismo czar, fué puesta el día de la Trinidad. Los obreros vinieron de todos los puntos del vasto imperio. Cosacos, fineses, calmucos, ingrios, todos acudieron á la grande obra, y como faltaban los útiles á estos miserables, según la expresión del cronista (*Nestennanov*), escavarón la tierra con sus manos y la trasportaban en la falda de sus ropas. El ardor era tan grande, y la vista del señor los electrizaba de tal manera, que á los cinco meses estaba ya dispuesta la parte interior de las obras. Armada la fortaleza comenzaron los trabajos de la ciudad. La nueva ciudad fué llamada San Petersburgo, del nombre del apóstol San Pedro, bajo cuya protección fué colocada.

Pero sus constructores debían trabajar con el mosquete á la espalda, pues los suecos no podían mirar apaciblemente elevarse esta ciudad que iba desde entonces á amenazar sus posesiones finesas (4). Edificóse. Los suecos fueron rechazados, y San Petersburgo se elevó rápidamente. Pero ¡qué trabajos tan gigantescos! Era necesario á un mismo tiempo destruir los bosques, levantar el terreno, horadar caminos subterráneos para el curso de las aguas, en una palabra, vencer por todas partes la naturaleza después de haber vencido á los hombres.

Es necesario decir, que á escepcion de la fortaleza, las primeras construcciones de la joven capital se fabricaron de madera. Sin embargo, bien pronto se elevaron casas de piedra, después monumentos; luego malecones de granito pusieron un dique al río; los canales concéntricos que abrazaban con su triple sinuosidad los grandes barrios de la ciudad, fueron igualmente contruidos de granito y cercados de balaustradas de hierro; las cúpulas, las agujas, las cruces, aparecieron en el espacio; y muy pronto, saliendo de estos pantanos enteramente impuros, de estos bosques, de estas fangosas riberas siempre inundadas, la maravillosa ciudad, la obra de Pedro el Grande se presentó á nuestros ojos con sus islas frescas y perfumadas, con sus palacios, sus iglesias, sus monumentos de granito y de mármol, que inclinándose sobre las aguas de su río, desde entonces dominado, contenido y orgulloso de servir de espejo, se sonreía complaciéndose y recreándose en sí misma.

No podremos hacer una descripción completa de San Petersburgo en el corto espacio de que podemos disponer en el *Museo*; sería necesario un volumen entero para desempeñar dignamente nuestro trabajo. Procuraremos, no obs-

(4) Su previsión no era infundada. Hoy, escepto una pequeña parte de la Laponia Occidental, toda la Filandia, desde el golfo de Botnia á las riberas del lago Onega, pertenecen á los rusos.

tante, dar á conocer algunas partes de esta ciudad, escogiendo por cada una de ellas uno de los dos aspectos opuestos, bajo los cuales conviene examinar esta capital: el aspecto del verano y el aspecto del invierno.

Hemos supuesto al viajero llegando por el Neva, y penetrando del primer salto en el centro de la ciudad, sobre uno de aquellos rápidos *paquebots* que arriban allí todos los días de todos los puertos de Europa. En este mismo punto de vista vamos á colocarnos.

En primer lugar no se experimenta ninguna transición entre las costas arboladas del golfo, entre la bahía arenosa donde llegan á perderse las aguas del Neva y las primeras habitaciones que anuncian la capital de los czares. Apenas se han observado los techos y las altas chimeneas de algunas fábricas escalonadas á lo largo de la ribera, encontramos el ancho y hermoso río bordado de palacios y monumentos. A la izquierda se ve una isla, Wassili-Ostroff, donde debía elevarse primeramente Petersburgo, y que hoy no forma de ella mas que una seccion; es el barrio del comercio. Por eso aquellas casas tan blancas y tan caprichosas pertenecen á negociantes. Mas lejos está la Academia de bellas artes, cuyo edificio es de un gusto muy puro y enteramente clásico; mas lejos todavía, cerca de un obelisco de mármol gris, está el Cuerpo de los cadetes del ejército, vasta institución militar debida á la emperatriz Catalina II. En seguida se ve el estenso edificio de la Universidad, que encerraba en otro tiempo toda la administración rusa (los doce colegios); el de la Academia de las Ciencias, y últimamente el de la Bolsa, situado al extremo de la isla y en frente de la fortaleza. Es uno de los mejores edificios de San Petersburgo. Se creería ver un hermoso templo griego, cuyas cuarenta columnas adornan el recinto.

Sobre el lado opuesto, el que mira á Wassili-Ostroff, se presenta el malecón Inglés con la larga línea de sus elegantes hoteles, los pretilos de granito que encajonan el río, y sus anchas baldosas, siempre limpias y regadas de arena como para la celebración de alguna fiesta. Entre estos hoteles, todos decorados de balcones como los de los palacios venecianos, se eleva el frontón griego y la columna corintia del museo Roumiantzoff, cuyas hojas de acanto encierran una inmensa colonia de palomas, volátiles muy respetados del pueblo ruso. El malecón confina con el palacio del Senado, cercano al cual se halla la bella residencia de la condesa de Laval, obra maestra de arquitectura moderna, y que fué mucho tiempo una de las casas mas hospitalarias de San Petersburgo, donde la hospitalidad es tan común.

Pero el *paquebot* se ha detenido delante de uno de los numerosos desembarcaderos del malecón. Bajemos al empedrado y sigamos por él hasta llegar á la plaza del Senado. Estamos delante del palacio de este gran cuerpo judicial de Rusia, que es tambien casi el primer cuerpo político despues del consejo del imperio. El senado fué fundado en 1711 por Pedro el Grande, que fundó tantas cosas. El palacio senatorial corresponde, por su grandeza y la severidad de su arquitectura, á su elevado y grave destino. A sus lados y en la misma línea se estiende el palacio del Sínodo. Los dos edificios, unidos por medio de un arco, forman uno de los lados de la plaza donde se eleva la estatua ecuestre de Pedro el Grande, monumento colosal consagrado por la gran muger al grande hombre: *Petro primo, Catharina*

secunda, (M. D. LXXII), como lo dice la inscripción grabada en la masa granítica que le sirve de pedestal, y que sostiene á toda carrera el caballo del héroe, hollando en su escape aéreo un enorme reptil que se enrosca bajo sus pies y toca con sus pliegues la ondeante cola del corcel; artificio ingenioso, por medio del cual el artista ha podido sostener el equilibrio del bronce monumental literalmente suspendido en el espacio. El czar mira el Neva estendiendo su derecha mano hácia adelante, de tal manera, como ha dicho un escritor, «que no se sabe si amenaza ó protege.» Está frente á frente de su obra, de su ciudad querida, á la cual domina con una sola mirada.

Este bronce está animado. El czar vestido medio á la rusa, medio á la manera antigua, sujeta con gran trabajo su caballo, cuyo arranque musculoso sorprende por la naturalidad con que está ejecutado.

En una hermosa tarde de verano, cuando el sol poniente, siempre espléndido en estas altas latitudes, incendia el horizonte, entonces es cuando debe admirarse esta estatua gigantesca. Pero si en este momento descendemos la vista y contemplamos la silenciosa plaza que la estatua domina, nos entristecemos involuntariamente pensando que allí mismo la obra regeneradora del grande hombre estuvo á punto de perecer.

Era el 4 de diciembre de 1825. Despues de mucho tiempo de tranquilidad, algunas jóvenes imaginaciones exaltadas soñaron hacer una revolución en su patria. Habiase formado una sociedad secreta, en la que los jóvenes mas acalorados elaboraban locamente una nueva organización social para la Rusia. Varios eranos habian imaginado demoler la obra del gigante. La muerte del emperador Alejandro, y la renuncia al trono del gran duque Constantino en favor de su hermano el gran duque Nicolás, les pareció una ocasión favorable para su intento. La mayor parte de los conspiradores formaban parte de la guardia, y por consecuencia no les fué muy difícil seducir algunos regimientos, que sin comprenderlos, consintieron en formarse en batalla en la plaza del Senado, en presencia de aquella misma estatua cuyo estendido brazo no podía á la sazón espresar mas que una amenaza terrible. Los soldados, fieles á la lección que habian aprendido, gritaban viva la *Constitucion*, creyendo que gritaban viva Constantina (1), es decir, la muger del gran duque Constantino, heredera directa del emperador difunto.

Los proyectos de los conjurados eran funestos. Se trataba nada menos que de comenzar por apoderarse de la familia imperial, á la que hubieran hecho desaparecer despues de haber establecido un gobierno provisional. ¡Pobre Rusia si la Providencia hubiera permitido el éxito de semejante complot! Habian olvidado en su ceguedad, que aquel que representaba la imagen de bronce que veian allí, habia sofocado en otro tiempo revoluciones mas peligrosas; habian olvidado que los terribles *strelitz*, aquellos pretoros del Norte, habian sido destruidos por su mano poderosa, y que aquel á quien atacaban tan locamente tenia el alma tan templada como la de su abuelo.

Cuando se supo lo que pasaba, el emperador sale de su palacio, y seguido de un corto número de oficiales de su

(1) La palabra *Constitucion*, no teniendo equivalente en ruso, no era comprendida de los soldados, que pronunciándola mal, la tomaban naturalmente por el nombre de Constantino, femenizado según el uso ruso.

perior graduacion, se encamina al sitio de la revolucion, no muy distante del palacio. Se presenta tranquilo y con la frente erguida en prescencia de los insurgentes. Los soldados, intimidados con tan inesperada aparicion, la cual no entraba en el programa de los revoltosos, se callan un momento, pero no retroceden. Uno de los gefes del complot se adelanta con una pistola en la mano, y la descarga contra uno de los ayudantes de campo del emperador. El conde Milosadowitch cayó mortalmente herido al lado del soberano. El emperador entonces se adelanta, y su voz grave y severa hace palidecer á los revolucionarios, que se obstinan no obstante en guardar su posicion. En este momento llegó trotando el fiel regimiento de Apraxin, que cargó vigorosamente; siguió despues la artillería, y antes que ter-

minara el dia estaba sofocada la revolucion, y sus gefes pasados á cuchillo.

El emperador Nicolás está dotado de una energía de carácter, de un espíritu de resolucion dignos de su elevado poder. Su alma está templada á la antigua, y si podemos espresarnos así, fundida en bronce como la estatua de su abuelo. A sus ojos, los derechos del soberano no son mas que un correctivo riguroso de los deberes que los acompañan; y si sostiene los primeros no escasea los segundos.

Acabamos de ver á este príncipe en prescencia de la conmocion militar del 14 de diciembre. Héle aquí seis años despues en prescencia de otra conmocion, la mas peligrosa, porque acababa de nacer espontáneamente en el seno del



San Petersburgo.—Casa de recreo en las islas.

pueblo, ciego por la ignorancia y las preocupaciones (en julio de 1831).

La plaza de la Sennoi, situada en el centro de la ciudad, es una de las mas populosas. Está circuida de bazares, de fondas, de tabernas y de tiendas ambulantes, que sostienen allí un perpétuo vaiven. Los mougiiks (los campesinos) acuden aquí en gran número. Ahora bien, durante el verano de 1834, el mismo año de la guerra de Polonia, el cólera invadía cruelmente á San Petersburgo, y el pueblo, diezmado por este invisible azote, cuya causa se ignoraba, desalentado y desesperado, empezó á gritar: *envenenamiento*. Primero acusaron de este crimen á los médicos alemanes y despues á los polacos; la irritacion llegó á su colmo. Reuniendo el pueblo en la plaza que acabamos de mencionar, blandía el hacha, esta arma terrible que lleva siempre el campesino colgada de su cintura. Los aires repetían los ecos de muerte, y el terror se difundió por toda la ciudad.

El emperador tiene conocimiento de esta fermentacion, menta en su carruage, y llega como el rayo á la plaza donde estaba el pueblo amotinado. Desciende al instante del

carruage, súbese sobre el pilar de una iglesia y desde allí, dominando con su alta estatura al aterrado pueblo:

—¿Qué es esto? esclama con una voz acentuada por la emocion ¿no sois ya vosotros los hijos de la santa y piadosa Rusia?... ¿os revelais contra el cielo? ¡Hermanos, volved en vosotros! Dios es el que nos castiga; arrodillémonos, y roguémosle con fervor para que detenga el rayo que desola nuestra patria.

Y diciendo y haciendo, el emperador se inclinó, y en el mismo instante, á su ejemplo, se prosternó todo el pueblo.

La plaza del Senado confina con la del Almirantazgo, de la cual forma realmente parte. Sigamos por el fresco barrio y por el verdoso recinto de tilos que rodean los edificios de la marina, y dejando á la derecha la hermosa iglesia de San Isaac, con su cúpula gigantesca, sus cuatro frontones de bronce y sus columnas de pórfiro, lleguemos á la plaza del Palacio, que se une á la del Almirantazgo como la primera. Estamos en prescencia de la columna Alejandrina, monumento gigantesco que el emperador Nicolás ha consagrado á la memoria de su hermano Alejandro I. Al ver esta in-

mensa columna de granito y de bronce, toda de una pieza, delante de la residencia del czar, se diría que era un recuerdo colosal de la época de los Titanes. Todos los monumentos rusos tienen proporciones gigantescas.

Este fué inaugurado en el mes de agosto de 1834, en presencia de cien mil soldados, entre los cuales fueron llamados todos los veteranos de 1812, 1813 y 1814.

El día de esta solemne inauguración fué un hermoso día para el país, pero muy triste para los franceses, cuyo destino los había impulsado á esta tierra lejana, pues les recordaba las derrotas de su patria.

Sin embargo, los rusos no se enorgullecen con este triunfo, y el gran capitán vencido no ha dejado de ser para

ellos el objeto de una constante admiración. La imagen de Napoleón adorna todas sus residencias; se la vé en los mas suntuosos hoteles, como en las mas humildes casas de los campesinos. No hay un hijo de las campiñas moscovitas á quien no sea familiar el nombre de Napoleón. El recuerdo de los franceses de 1812 ha quedado sin rencor en la memoria de este excelente pueblo.

—¿Qué significa la palabra *kamerad*? nos preguntaba un día un mercader que la casualidad nos había dado por compañero en el camino de Moscou.

—¿Quereis decir *camarada* sin duda?

—Sí señor, *camarada* es su significación.

Dejamos satisfecha su pregunta.



San Petersburgo.—Plaza del palacio imperial.

—¿Por qué nos haceis esa pregunta?...

—Porque en 1812 los soldados franceses, alojados en casa de mi padre, me ponían sobre sus rodillas (yo entonces era un niño) y me llamaban su joven *camarade*.

—¿Qué recuerdos teneis de estos franceses? ¿Tuvieron vuestros padres motivos para quejarse?

—¡Oh, no señor! eran buenos compañeros (*dobriliandi*, hombres buenos), que no nos hicieron daño, al contrario.

Esta última palabra nos pareció muy cándida.

El palacio de invierno, habitación ordinaria de los soberanos de Rusia, no data mas que desde 1754. Nada es antiguo en San Petersburgo. Fué mandado hacer por la emperatriz Isabel al conde de Rastrelli, uno de los mas hábiles arquitectos italianos del siglo XVIII. En 1762 ya estaba terminado. Es un edificio que forma un enorme paralelogramo

de sesenta y cinco toesas de estension por una latitud de cincuenta. Se prolonga sobre el Neva y mira á la fortaleza que se estiende sobre la ribera opuesta, sombría y muda, en frente de la ciudad animada y brillante (1).

El primer piso del palacio de invierno está consagrado á las ceremonias de la corte, á los festejos y á los dias de gala. Se llega á él por una ancha escalera de mármol destinada á los embajadores y á los dignatarios del imperio los dias de gran recepcion; pero tambien por esta escalera, todos los años, es admitido el pueblo en esta suntuosa residencia para asistir á ella el 4.º de enero, al sarao que le da el emperador, pues el emperador es el jefe, el padre de

(1) Se vé en su recinto la casa de Pedro el Grande, y las tumbas de los soberanos rusos que contienen las bóvedas de la iglesia. Está tambien en la fortaleza el tesoro y la casa de moneda.



la gran familia moscovita, y sencillamente recibe á sus hijos en su casa lo menos una vez al año.

Pues bien, la noche del 4.º de enero se ilumina el palacio con todas sus arañas, se adorna magníficamente, y bien pronto nobles, plebeyos, mercaderes y proletarios, soldados y paisanos penetran juntos en el palacio. Se convida á la poblacion entera, y la poblacion entera no falta. Mas de sesenta mil individuos penetran esa noche en la residencia imperial, donde el soberano, de gran uniforme, acompañado de su corte en traje oficial, discurre por entre el oleaje de esta multitud curiosa y benévola. Se detiene delante de los grupos y habla con los mas humildes de los hijos del pueblo, que le responden y le tutean (1). El czar comprende que en él reside toda la fuerza de este pueblo del cual él es el poderoso *delegado*.

El Eremitorio, continúa el palacio de invierno, ó mas bien forma parte de él, no ofrece mas que una elegante reduccion de las colosales proporciones del primero. Este palacio debe su nombre al destino que le dió la emperatriz Catalina, que le convirtió en un retiro particular, donde despojándose del fausto de la soberanía y de los atributos del poder, simple señora de la casa, amable y espiritual, hacia los honores de sus salones á la escogida sociedad á quien concedia la honra de su amistad. La agudeza estaba á la orden del día; un reglamento fijo determinaba las condiciones á que debian someterse los huéspedes favorecidos del cenáculo imperial, y desgraciados de aquellos que se hacian culpables de infraccion! Estos eran condenados á aprender de memoria no sabemos cuántos versos de una mala traduccion del *Telémaco* de Fenelon.

Se han referido muchas anécdotas, relativas al tacto y á la delicadeza de la emperatriz Catalina en estas circunstancias. Hé aqui un rasgo que hemos oido referir al príncipe Alejandro Gallitzina, que habia sido page de esta princesa.

Esto era durante la guerra que dió el Quersoneso Táurico á la Rusia. Un valiente capitan que deseaba con vehemencia la cruz de San Vladimiro, habiéndose distinguido en el sitio de Ochakoff, no recibió mas que una espada de honor por recompensa. No quedó contento; pero redoblando su valor el mismo oficial, no tardó en distinguirse de nuevo, y esta vez fué propuesto para la indicada condecoracion. Fuese por error de las oficinas, fuese por otra causa cualquiera, le dieron otra espada de honor. Llegó al colmo su despecho, y habiendo terminado la guerra, vino á San Petersburgo y solicitó una audiencia de la emperatriz, la cual le recibió con bondad; y despues de haber alabado su valor, le preguntó lo que podia hacer por él para serle agradable.

—Vuestra magestad, respondió el capitan, ya me ha dado por dos veces señales inequívocas de su gratitud; solamente temo que dándome últimamente una espada de honor, hubiese V. M. olvidado que ya habia recibido otra de su benevolencia, y es muy difícil servirse de dos espadas á un tiempo.

—No señor, yo no lo habia olvidado; pero veo que se han descuidado en explicaros mi intencion. Lo haré yo misma: os he enviado dos espadas, caballero, para que vos las hagais colocar en vuestro escudo, lo que os mando hacer

(1) El campesino ruso tutea siempre al soberano.

desde hoy. Esto será para vuestros descendientes un recuerdo de vuestra brillante conducta.

Es inútil añadir, que al día siguiente el valiente oficial recibió la cruz de San Vladimiro tan deseada.

Este grande y magnífico palacio de invierno del Eremitorio que ya hemos descrito, llegó á ser presa de un incendio en el invierno de 1837, en el mes de diciembre, en el cual se experimentaba un frio muy rigoroso. El fuego se declaró á las diez de la noche. A los gritos que resonaron en todas las calles de la ciudad de: ¡el palacio de invierno arde! el terror se propagó por todas partes. En un momento la multitud llenó la inmensa plaza y llegaron los bomberos. Las llamas salian á un mismo tiempo por todos los balcones superiores, cuyos cristales habian estallado y formaban una siniestra corona en la frente del edificio. Las estatuas que domiran el friso parecia que se animaban con el movimiento de las llamas.

El emperador en persona dirigia los trabajos que se hacian para apagar el incendio. Todos los habitantes de la inmensa residencia sorprendidos por el fuego pudieron salvarse. Una de las damas estaba detenida en su lecho acosada de fuertes dolores; pero la emperatriz declaró que no dejaria el palacio hasta que la enferma estuviera en lugar seguro.

El techo de la sala de los Mariscales se desplomó en el momento en que algunos soldados se esforzaban en quitar la magnífica araña que adornaba el recinto. Varios fueron heridos, y el emperador mandó al instante dejarau quemar el palacio con todo lo que encerraba antes que esponer á la muerte un solo hombre.

Abandonado á sí mismo el incendio, tomó proporciones gigantescas. La llama envolvió todos los pisos á un mismo tiempo. El pueblo asistia á este espectáculo, cuando al otro lado de la llama, una columna de humo, alumbrada bien pronto por una viva claridad, demostró á la consternada multitud que un nuevo incendio acababa de estallar en Wassili-Ostroff.

Por una costumbre que data desde Pedro el Grande, los soberanos rusos deben recorrer todos los parajes donde se ha declarado el incendio. Como gefes de la gran familia, deben dar ejemplo. Sin embargo, en esta circunstancia, el gran duque heredero creyó deber rogar al emperador que le permitiera reemplazarle, y pasar en lugar suyo al sitio donde el incendio acababa de indicarse.

El emperador le respondió:

—No, yo soy quien debo acudir allí; tú quédate aquí; si nuestra casa arde, tenemos medios para edificar otra; pero no hay seguridad de que los propietarios de allí abajo puedan hacer otro tanto.

Y separando un gran número de bombas que rodeaban su palacio, las envió á Wassili-Ostroff; y montando en su carroza fué precediendo á todos á los lugares siniestros, donde pasó la noche entera.

El palacio de invierno estuvo ardiendo durante el periodo de ocho dias, y todo se convirtió en cenizas excepto los muros exteriores. Pues bien, dos años mas tarde, salia de sus cenizas mas magnifico, mas rico, mas suntuoso que antes, y esta vez á prueba de bomba.

Prosigamos nuestro camino subiendo el malecon de la corte.

Hétenos aqui en el puente de Troisk (de la Trinidad),

que conduce á las islas. Está situado en frente del Campo de Marte, de esta admirable plaza de armas donde todos los años, el 4.º de mayo, se pueden ver maniobrar á los sesenta mil hombres de la guardia imperial, tropa escogida y la mas espléndida del mundo. Esta plaza es perfectamente cuadrada: en un lado está el jardín de verano; en el opuesto el malecon, que es otro jardín, el del palacio Miguel, extraordinariamente delicioso, y despues siguen los hoteles, la estatua de Souvaroff y el Neva.

El jardín de verano que acabamos de mencionar se estiende por uno de sus lados hasta el gran malecon, del que está separado por una verja de hierro de una construccion tal que le da el mas grande precio. La crónica refiere que un inglés hizo el viage de San Petersburgo espresamente para admirarle, y que partió en seguida. En la estremidad de esta verja, subiendo hácia el rio, hay un modesto monumento, simple casa de un piso, pero que fué habitada por Pedro el Grande. Era su *palacio de verano*, cuyo nombre ha tomado el jardín.

Vamos á atravesar el puente de Troisk, que tiene una extension de mas de trescientas cincuenta toesas, y posee unos treinta y tres pontones unidos entre sí por medio de cables y cadenas considerables.

Hemos procurado al principio de este artículo dar una idea general del aspecto de San Petersburgo, considerado desde el Neva á la altura del malecon Inglés; no será de menos interés que nos detengamos un instante aqui para ver su panorama en el parage opuesto, es decir, en medio del puente de Troisk.

Nunca hemos visto cosa mas admirable que este cuadro en una hermosa tarde de junio. Figurémonos un inmenso bósforo, reflejando en la transparencia de su superficie, unida á un cielo suavemente alumbrado con las tintas mas caprichosas, á la hora en que los cielos de Occidente están sumergidos en las tinieblas. Hay en la atmósfera un no sé qué de voluptuosidad, que presenta todos los objetos á la vez sin confundirlos. Sigamos con la vista el curso del rio en el Occidente; á la derecha está la fortaleza presa por las olas, donde se eleva una larga aguja, en la que vienen á perderse de cien maneras los últimos rayos del sol poniente; á la izquierda se ve una linea de palacios terminada por el palacio imperial y los edificios del Almirantazgo, cuya flecha tiene encima un navio de oro, presente de la fastuosa ciudad de Hamburgo. De frente se ve el rio dividido en dos anchas corrientes, para abrazar la Bolsa con sus pórticos y sus dos inmensas columnas, faros clásicos que se tomarian mirados desde lejos por dos enormes centinelas que la guardan. A la derecha de la Bolsa hay una confusion de mástiles con sus mil pabellones, que desplagan en los aires los colores y las armas de todas las naciones; imagínese despues una ininidad de embarcaciones que se deslizan en todos sentidos sobre la superficie del Neva, dejando detrás un surco plateado. Tambien veremos en primer término grandes navios inmóviles con sus prolongadas vergas negras elevadas en los aires, animado todo con el movimiento de una gran ciudad, cuya noche no tiene sombras, y tendremos una idea, aunque imperfecta y pálida, del cuadro que describimos.

Las islas forman parte de la ciudad, porque están enclavadas en su vasta circunferencia. Pasamos el pequeño rio de Parfolka, y nos encontramos en la isla de los Botica-

rios, llamada así por el jardín botánico que fundó allí Pedro I. Bonitas casas italianas medio ocultas entre las flores adornan este camino, que acaba en un punto elevado sobre el *Pequeño Neva*, tres veces mas ancho que el Guadalquivir en Sevilla. Desde esta altura se domina la bella ciudad de Laval, enteramente perfumada de naranjos, como si se elevase sobre la bahía de Nápoles, cuyas limpidas aguas riegan la vegetacion. No distante de allí está la casa de campo del conde Nesselrode, el célebre diplomático que hace poco pronosticó los destinos tumultuosos de la Europa, en cuyos asuntos toma hace cuarenta años una parte tan activa.

Pero ya nos encontramos en Kamenoi-Ostroff, isla que pertenece á la familia del gran duque Miguel, y está particularmente cubierta de casas de recreo. Nunca se ha visto una profusion de flores semejante.

No nos detendremos en Yelaquina, la isla de la emperatriz; pasemos por delante del palacio que la decora, y despues de haber circulado al través de su magnifico parque, entraremos en la isla de Krestofski, la mas grande de todas, y propiedad de los principes Bélochevsky. Es el punto de reunion favorito de los obreros alemanes y de los mercaderes rusos. Los primeros acuden allí á poblar las fondas, donde comen, fuman y beben al son de una ruidosa banda de música militar, y los otros se establecen allí tambien sobre la yerba de las márgenes del rio, ó bajo los árboles del interior de la isla. En ciertos dias del estio, los tártaros establecidos en el pais vienen á situarse bajo los álamos de la parte septentrional á celebrar una de sus fiestas.

Mas allá de estas islas, al otro lado del Neva, al Norte, grandes aldeas animan las riberas del rio.

Los habitantes de estas residencias campestres pueden gozar de una fiesta llena de originalidad. Nos referimos á la *fiesta del heno*.

Muchos centenares de segadores y segadoras procedentes de las aldeas inmediatas, se esparcen por las vastas praderas. Los trabajos comienzan desde por la mañana con una grande actividad, en medio de los cantos populares. Cuando llega la noche, hombres y mugeres se reunen para la comida comun, despues de lo cual dos ó tres de los primeros cogen la bailaika, especie de guitarra rusa de origen tártaro, mientras que un jóven y un robusto jóven se lanzan en mitad del gran círculo que acaba de formarse, y bailan su danza original y graciosa.

Los rusos se complacen en esta clase de festejos, y no hay recoleccion que no tenga los suyos especiales.

La bella estacion es rápida en San Petersburgo, y pasa mas pronto que en otra parte. En otro artículo daremos pormenores mas curiosos todavia acerca de la Rusia y los rusos.

C. DE S.

EFEMERIDES HISTÓRICAS.

JUANA DE ARCO.

(17 de julio de 1429).

NUEVOS PORMENORES ACERCA DE SU HISTORIA.

Juana de Arco habia dicho muy á menudo que su mision era, no solamente la de libertar á Orleans y de hacer consagrar al soberano en Reims, sino ademas, la de espulsar á

los ingleses, y arrebató de entre sus manos al duque de Orleans.

Pero no le fué posible cumplir mas que la mitad de su mision, porque murió sin haber espulsado á los ingleses y dado la libertad al duque de Orleans; y hoy sabemos que si tuvo el dolor de dejar incompleto ese proyecto, tuvieron la culpa los enemigos y los envidiosos que encontró en la misma corte del rey de Francia. Contó entre sus amigos y sus compañeros de armas afectos, al duque de Alençon, su mas íntimo confidente, á Lahire, Dunois y Xaintrailles. Pero el mismo rey Carlos VII se manifestó muchas veces frio y desconfiado por su parte; y ella tuvo por enemigos secretos ó descubiertos á los ministros del rey, y entre estos á Jorge de la Tremouille, hombre falso y ambicioso, y á Regnaud de Chartres, hombre orgulloso que no pudo disimular su alegría cuando Juana cayó víctima de los ingleses.

En su carta al ejército inglés, la heroína joven habia anunciado valerosamente: «Yo soy la enviada de Dios, rey de los cielos para vengeros y hacer que resplandezca el honor de Francia.»

Después de la toma de Orleans, la influencia pública en esta gloriosa niña era tal, que nadie dudó desde entonces que los ingleses serian completamente derrotados. Una poetisa francesa contemporánea, Cristina de Pisan, afirmaba, que después de la destruccion total de los ingleses, Juana marcharía á conquistar la tierra santa. Sin embargo, en el camino de Reims, los cortesanos suscitaron innumerables obstáculos con respecto á Juana; hubo un momento en que ella se vió hasta cierto punto obligada á contrariar al rey para conducirla á Reims. Entristecida por tan marcada maledicencia, presintió su desgracia. La víspera de su entrada en Reims, dijo á sus parientes y amigos de la aldea que habian venido á verla á Chalons, «que no temia otra cosa mas que la traicion.»

Siempre que Juana quería marchar adelante, le insinuaban al rey que semejante paso era una loca temeridad, y que era preciso batir al enemigo en retirada. De esta y otras maneras sofocaban sus empresas y por medio de treguas é inoportunas dilaciones.

En fin, EL 17 DE JULIO DE 1429, Carlos VII fué consagrado en la catedral de Reims. Juana sostenia su estandarte situada á corta distancia del rey. Después de la ceremonia, Juana tuvo un momento de animacion; poco después anunció la próxima sumision de Paris. A despecho de la heroína se emplearon inútiles proyectos; se concedió una tregua de quince dias al duque de Borgoña, que prometió entregar á Paris, y no sostuvo su palabra. Cuando Carlos VII llegó á Compiègne, se negó á seguir mas adelante; el duque de Alençon le llevó casi á la fuerza. En el asalto de Paris, donde Juana fué ligeramente herida, contrariaron todos sus proyectos. El mismo rey mandó cortar un puente situado cerca de San Dionisio, por el cual quería la joven heroína verificar su ataque, y la mandó estar á su lado y que le siguiera hasta mas allá del Loira. Después la separaron del duque de Alençon, y por último la detuvieron en la corte.

Cuando le concedieron la libertad de combatir, hizo nuevos prodigios de valor, con especialidad en Saint-Pierre-le-Moutier y en Lagny. Queriendo defender á Compiègne contra el duque de Borgoña, y en una salida, su intrepidez, y tal vez como se ha sospechado por motivos graves, una traicion, la hicieron caer en poder de los enemigos.

Los ingleses y los borgoñones, por medio de una diestra maniobra, obligaron á los franceses á volver á entrar en la ciudad: solamente Juana no quería practicar esta retirada; pero sus gentes, no encontrando ya esperanzas, cogieron la brida de su caballo y la hicieron retroceder por fuerza al lado de Compiègne; pero ya era demasiado tarde; el puente y la puerta de la ciudad estaban firmes. Juana, perseguida por los enemigos, se encontró comprometida en un ángulo formado por el flanco de un barrio y los cascotes de un edificio derruido; y aquí mismo, después de una resistencia inútil, aunque enérgica, acosada por la superioridad numérica de los contrarios, se vió obligada á entregarse á uno de los arqueros que se hallaba cercano al bastardo de Wandamme, escudero del país de Artois.

UNO CONTRA CUATRO.

ANECDOTA INDIA.

Un sábio, un religioso, un militar y un mercader, entraron un día en un jardín y se pusieron á coger frutas maduras y por madurar que se comieron en seguida. Cortaron otras muchas que tiraron después de haberlas probado. El jardinero llegó en este momento; pero pensó juiciosamente que estando solo no podia entrar en discusion con aquellos cuatro individuos que no dejarían de pegarle. Dirigióse, pues, primero al sábio, y le dijo: «Salud, señor. En calidad de sábio, vos sois el pilar de la religion, el director de las gentes que se apartan de la buena senda. En cuanto á este religioso, me confieso su servidor. También guardo todas mis consideraciones para este militar. Cuando hombres tales como vosotros, vienen á mi jardín, me creo en el colmo de toda mi felicidad. Pero no digo lo mismo respecto á este mercader. ¿Con qué derecho acude á mi jardín sin temor de ninguna especie á devastar la propiedad de mi padre. No tiene excusa que poner.» Habiendo hablado de esta manera, el jardinero se precipitó sobre el mercader, le ató las manos y los pies y le puso en un rincón. Después dijo al soldado que estaba borracho. «Tus dos compañeros son personas muy recomendables, ellos pueden considerar este jardín como propiedad suya, aunque yo pago los impuestos; mas en cuanto á ti, dime, ¿quién te ha mandado devastar mi jardín?» Y hablando de esta manera, le cogió por la coleta, le ató como al otro y le llevó á otro lugar.

Seguidamente dijo al sábio. «Todo el mundo está lleno de respeto hacia los religiosos, y yo mismo tengo para ellos la mas grande consideracion; pero tú, que tienes pretensiones á la ciencia, ¿no sabes qué es un crimen devastar un jardín ajeno? ¿De qué te sirve entonces la ciencia? Diré de tí lo que del asno cargado de libros.»

Habiendo hablado de este modo, le cogió por la barba y le ató de pies y manos. Cuando el religioso se encontró solo y libre, le dijo el jardinero. «Escúchame: tú tienes pretensiones de ser religioso; pero ¿quién ha podido dar esa dignidad á un malvado tal como tú? En todo caso, el Profeta no te ha permitido, sin duda, disponer de lo que pertenece á otro. ¿Por qué has devastado mi propiedad?»

El jardinero concluyó por atar al religioso lo mismo que á sus compañeros, hasta que todos indemozaron al jardinero del daño que le habian hecho maltratando su jardín.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



EL PRIMER MINISTERIO MADGYAR.

Francisco Deak.
Príncipe Pablo Esterhazi.
Baron José Eotveos.

Luis Kossuth.
Conde Luis Batthyányi.
Conde Esteban Szechenyi.

Lázaro Meszaros.
Bartolomé Szemene.
Gabriel Klauzal.

INDEPENDENCIA DE LOS HÚNGAROS.

La revolucion francesa no hizo sentir sus efectos en Hungría sino despues de la caída de Napoleon, pues mientras el

Tomo x.

gran capitán hacia vacilar los tronos, el progreso interior de los húngaros debió estacionarse, así como el de todos los pueblos que veían amenazada su independencia. Pero apenas se vió restablecida la tranquilidad, en 1815, cuando los

21

madgyares llamaron la atención respecto á la situación de su patria. Conjurado el peligro, el Austria, que no había encontrado su salvación mas que en la asistencia de las asambleas nacionales de los madgyares, se manifestó, como siempre, olvidadiza de los antiguos servicios prestados, y resolvió gobernar el país sin el concurso de los Estados. Pero en 1822 vemos ya á la Hungría emprender contra el Austria una lucha tenaz y encarnizada. Sin embargo, esta vez no escogió el campo de batalla para la lid; los tiempos han variado, y los madgyares demuestran su actividad en el terreno parlamentario; aquí es donde combaten contra la arbitrariedad y el absolutismo.

La violencia no engendra mas que triunfos poco duraderos. En presencia de una revolución inminente, Francisco I se vió obligado á convocar la Dieta de 1825.

Esta Dieta fué memorable por las medidas que se tomaron, y por un discurso que pronunció en lengua madgyar el conde Estéban Szechenyi, discurso que fué para la nación la señal de su renacimiento.

El honor de los triunfos parlamentarios de esta Dieta, que duró dos años, se debieron en gran parte á Szechenyi, que desde entonces fué reconocido como el jefe de la oposición, ó mejor dicho, como el caudillo del partido del progreso.

El conde Szechenyi no tardó en manifestar su actividad aún fuera de la Dieta, pues que también sus escritos contribuyeron poderosamente á la ejecución de la organización social que se proponía verificar en su patria, sin desatender por esto las mejoras materiales de la Hungría. Szechenyi buscaba el equilibrio entre la libertad y una monarquía reformadora, y creyó haberla encontrado en una unión indisoluble con el Austria. Los moderados de ambos partidos escuchaban su voz con respeto; pero los acontecimientos no le escuchaban y caminaban para obtener resultados mas positivos.

Cuando estalló en Francia la revolución de 1830, toda la Hungría pareció como electrizada por un arranque repentino. Las simpatías que excitaba entre los húngaros el triunfo del pueblo de París, tenía con cuidados al gabinete de Viena, y temiendo que los asuntos pasaran mas adelante, convocó una Dieta extraordinaria en 1830. Los Estados que querían que el soldado madgyar conservase bajo las banderas el sentimiento de su nacionalidad, procuraron imponer una condición restrictiva; querían que los regimientos húngaros fuesen exclusivamente mandados por oficiales húngaros, pero el gobierno no admitió esta pretensión.

Poco tiempo después, la sublevación de la Polonia añadió nuevos estimulantes al movimiento de la opinión pública. Los madgyares y los polacos son aliados naturales. Pueblos vecinos, menos próximos por la geografía que por su carácter y sus instituciones, han experimentado juntos periodos gloriosos, bajo los mismos gefes, y han sucumbido por iguales causas; por eso á la primera nueva que tuvieron de la revolución de Varsovia, la Hungría manifestó la intención de auxiliar la causa polaca; mas estas hostiles demostraciones se desvanecieron delante de la circunspecta timidez del Austria, á la cual vinieron á favorecer turbulencias fomentadas entre los campesinos de las poblaciones esclavas de los Cárpatas.

Después de las dilaciones que multiplicó el gabinete de

Viena con el espresado designio, la Dieta fué convocada el mes de diciembre de 1832. A fin de atenuar la impresión producida por su política retrógrada, los ministros austriacos fingieron aceptar las ideas y las tendencias del partido liberal; pero vencida por los sucesos, el Austria parecía confesar su derrota adoptando los proyectos que siempre había combatido.

Sin embargo, esto no era mas que un paso dado en la senda del bien; era menester además aliviar y proteger á las clases laboriosas que se veían oprimidas por una dura servidumbre.

Después de tres años de asiduos trabajos, se cerró la Dieta, el 2 de mayo de 1836, no habiendo podido abatir mas que algunos fragmentos del antiguo edificio gubernamental. La Dieta había decretado «que los tribunales húngaros propiamente dichos, debían deliberar y emitir sus juicios en lengua madgyar, acerca de los negocios que les fuesen sometidos en este idioma; que nadie, á partir desde 1.º de enero de 1848 podía ejercer empleo público, ni ser recibido abogado, si ignoraba este idioma.» Se vé que semejantes disposiciones no eran muy opresivas; se proponía la marcha gradual hacia el sistema de unión que han observado todas las naciones europeas. Sin embargo, el Austria desde entonces, no pensó mas que en sofocar en su germen los esfuerzos de los patriotas húngaros.

Al mismo tiempo, un hecho aislado, pero de una grande significación, produjo en Hungría una emoción demasiado viva para que la pasemos en silencio. La oposición veía el peligro que se aumentaba en el Norte, y á pesar de sus preocupaciones interiores, se apresuró á litigar sobre una causa que miraba como sagrada. Los diputados Balogh y Tisza, bien inspirados á la sazón, pero débiles y apóstatas en lo sucesivo, después de haber condenado la política de la corte, que se servía de los regimientos húngaros para oprimir la Italia, reclamaron que la cuestión polaca fuese discutida por la Dieta como el objeto mas digno de sus deliberaciones. Los Estados á consecuencia de estos discursos enviaron al rey una misiva en la cual pedían emplear todos los medios que estuviesen en sus manos para asegurar la existencia del pueblo polaco. ¡Vanias representaciones! El gabinete de Viena permaneció sordo á esta petición general, que valió á los madgyares una carta de reconocimiento por parte del príncipe Adam Czartoryski, diciendo: «que en medio de la apatía de la Europa entera, el pueblo húngaro había dado pasos para venir en socorro de los combatientes del Vístula; y que los vínculos establecidos entre las dos naciones eran vínculos tradicionales y seculares.»

Durante estas apasionadas discusiones que agitaban la Dieta, solo, aislado en un rincón de la Cámara, un joven seguía con atención profunda, y aun se podía decir, con religiosa piedad, las peripecias de este drama parlamentario, digno de figurar en los fastos mas gloriosos del siglo. Era un simple caballero, que apenas tenía treinta años, modesto, como la profesión que ejercía; era en el periodismo hasta entonces poco considerado entre los madgyares, mal visto, sospechoso, perseguido hasta por los agentes del Austria; pero este adepto del periodismo se llamaba Luis Kossuth. Sus padres eran originarios de la alta Hungría, en el landgraviato de Turóez, país habitado por los eslavos, y donde se encuentra todavía una aldea del

nombre de Kossuth, que fué probablemente su patrimonio. Aunque pertenecía á la raza eslavona, los abuelos de nuestro héroe no eran menos nobles madgyares. Luis se distinguió desde su juventud por una inteligencia precoz, por su carácter impresionable é impetuoso, y por la gracia y flexibilidad de sus maneras. Despues de haber obtenido su título de abogado, Kossuth fué enviado á la Dieta de Posonia (1832) como suplente de un magnate ausente. Testigo de los triunfos de Szechenyi, Kossuth no vió allí mas que un asunto de emulacion capaz de ayudar el acrecentamiento de sus facultades intelectuales, que ya comenzaban á patentizarse. Sin embargo, no fué dichoso en sus primeros pasos en la oratoria.

Las consecuencias políticas, su aspiración constante á la independencia húngara, le condujeron á ser encerrado en Pest, en una especie de ciudadela llamada *Neullano*, levantada por José II para que sirviera de prision á la mitad de la nobleza madgyara. En lugar de intimidar á los madgyares, las persecuciones de Kossuth no sirvieron mas que para aumentar el número de los descontentos. El Austria perseveró en sus rigores. Por este tiempo se entabló un proceso de alta traicion contra el baron Vesselenyi, intrépido defensor de la libertad madgyara y de los derechos del pueblo. Dotado de un alma tan vigorosa como su cuerpo, su palabra franca y atrevida aterrorizaba á los ministros austriacos anulando sus hipócritas manifestaciones. Quebrantada su salud, y á punto de perder la vista, le permitieron que fijase su residencia en Graeffenberg; pero el leon herido no debia perdonar á sus enemigos la injuria que habia recibido, y hasta despues que hubo recobrado la libertad permanecié en la vanguardia de la falange militante. Atacado de ceguera en los calabozos, Vesselenyi legó á Luis Kossuth su odio implacable contra el Austria.

En cuanto á Francisco I, sobre cuya cabeza tres bancarrotas de Estado le habian atraído la maldicion general, la Providencia vino oportunamente á evitarle la vergüenza de continuar esta odiosa política de atentados y persecuciones. Murió en medio de las discusiones de la Dieta de 1835, y dió su triple cetro á Fernando, su hijo, ya coronado por los madgyares en 1830 bajo el nombre de Fernando IV.

En nombre de Fernando, atacado de una debilidad mental, el archiduque Luis, hermano del rey difunto, y el principe Clemente Metternich, tomaron el poder. Ambos, apóstoles fogosos del despotismo, debían acelerar su caída.

La política negativa de estos magnates en una época de progreso, tenia casi su excusa en la adversidad de los elementos de que se compone el imperio de Austria. Sin embargo, el año de 1840 señala una nueva era en las relaciones de los madgyares con su soberano. Por intervalos el gabinete de Viena habia desenmascarado sus tendencias absolutistas. Impotente para detener el movimiento de la Hungría, no aspira desde entonces mas que á sujetarle, y si es posible á dirigirle; la amnistia de 1840, que puso en libertad á Kossuth, Vesselenyi y á otros liberales, no tenia otro objeto que el de dar mas relieve á la autoridad real.

Apenas se abordaron las cuestiones de reforma por la oposicion, cuando el partido conservador se esforzó en sofocarlas; pero la tentativa fué vana, pues triunfó la oposicion; el temor apareció en la corte de Viena; el campesino húngaro tuvo nuevas garantías; un nuevo código comercial mejoró la industria; se quebrantó la inviolabilidad del no-

ble deudor, y se mejoró la condicion de los judios; en fin, merced á estas agitaciones políticas y al impulso dado por Szechenyi, las mejoras se manifestaron en todas las ramas de la vida nacional. En medio de esta grande crisis, tan propia á la restauracion de la nacionalidad, el antiguo ablegato de la Dieta desplegó las magnificencias de su genio, y conquistó su rango ilustre en la historia de la prensa húngara. Luis Kossuth, entregado á estudios graves, habitaba en Pest una casa de modesta apariencia, cuando el impresor Landerer le propuso la direccion de un periódico. Landerer se vió obligado á aceptar las condiciones del publicista, sobre todo en lo que se referia al espíritu de independencia del periódico, y el impresor se mostró tanto mas dispuesto á hacer concesiones, cuanto que suponía no hallar en el antiguo preso aquella pluma indomable y fogosa que le habia precipitado en los calabozos. Pero Kossuth, circunspecto en un principio, fué despues mas osado que nunca; jamás tuvo el sentimiento público un intérprete mas temible que el redactor de *Pesti-Hislap* (Diario de Pest.)

En presencia de esta gigantesca agitacion, el padre de las reformas, Szechenyi, se estremecié, y quiso hacer frente á la tormenta; pero el impulso dado era mas fuerte que él, y sus palabras no encontraron eco. Kossuth tenia cuarenta años en esta época, y se habia unido en matrimonio con Teresa Meszlenyi, hija de un noble madgyar de Györ.

El Austria amenazada en su posicion, y no teniendo otros auxiliares que la perfidia y la traicion, no pudo mas que volverse otra vez hácia el país de la Croacia, que habia ya prestado sus socorros en la usurpacion de Habsburgo. El tiempo de la guerra por los reyes habia pasado, y comenzaba el choque de las razas. El gobierno austriaco afectó en un principio adherirse á las ideas de la oposicion, para desertar en seguida en medio del combate. Las Cámaras se llenaron á pesar de la doble intriga austro-croata de notabilidades parlamentarias pertenecientes á la oposicion. La institucion definitiva del madgyar como lengua diplomática del reino, fué el asunto preferente de los debates. Despues se agitó una cuestion grave. Los casamientos mistos habian sido negados desde la Dieta precedente por los sacerdotes católicos, y esta última declaró que fuesen válidos en el momento que tuvieran la sancion de un ministro protestante.

Entre tanto Kossuth, enemistado con su editor, perdió la poderosa voz de su periódico, y trasladó toda su actividad sobre los proyectos de mejoras materiales del país, y en medio de estas ocupaciones le encontró la convocacion de la Dieta para el 14 de noviembre de 1847. En el vasto landgraviato de Pest, hogar del poder intelectual, los nombres de Szentkiralyi y Kossuth brillaron en primera linea en las listas de los candidatos. La apertura de la asamblea en Posonia tuvo el carácter de un festejo nacional; el rey, la reina y casi todos los miembros de la familia real asistieron á ella. Apenas entró en la lid el antiguo redactor del *Pesti-Hislap*, confirmó todas las esperanzas y ahogó todas las rivalidades; conquistó tal influencia por la superioridad de su polémica, que se llevó consigo el sufragio de toda la oposicion, y hasta un gran número de conservadores.

La cuestion del impuesto que habia que establecer á la nobleza, que iba para siempre á hacer desaparecer la servidumbre del pueblo, vino á ser el objeto capital de la Die-

ta, cuando el 4.º de marzo se recibió en Viena el primer despacho anunciando el triunfo del pueblo parisiense. Toda la Hungría se estremeció con esta nueva, como un enfermo sobrescitado por un galvanismo repentino, y millares de corazones se espansionaron con la idea y con la esperanza de la independencia. Kossuth, espíritu previsor por experiencia, comprendió al punto la estension grandiosa de esta revolución.

Nada era mas necesario en estas poblaciones diseminadas que un sistema uniforme de leyes y de principios, tales como Kossuth le proponia.

El 13 de marzo, aniversario del nacimiento de José II, de

ilustre memoria, la ejecucion politica de Metternich se cumplió con todos los honores y todas las violencias de una revolución inesperada. La fiebre de febrero habia llegado á la capital del *inmovilismo*, y el pueblo de Viena atravesó valerosamente los límites del antiguo mundo, y destruyó aquel sistema bastardo que consistia en no adelantar. Mientras que Metternich huia precipitadamente hácia el suelo libre de Inglaterra para ocultar su vergüenza, la asamblea de Posonia mandaba una diputacion, compuesta de Kossuth, de los condes Luis Batthyanyi, Esteban Szechenyi y José Cziraki, encargados de abogar al pie del trono por la causa de la Hungría, y reclamar la creacion de un ministerio na-



Vesselenyi.

cional madgyar. Con efecto, despues de algunas vacilaciones y trastornos populares, el principe confió el cuidado de componer el nuevo gabinete al conde Luis Batthyanyi. Hé aqui el ministerio que se formó: Batthyanyi, presidente del consejo, sin cartera; Bartolomé Szemene, del interior; Francisco Deak, de justicia; principe Pablo Esterhazi, de negocios estrangeros; Luis Kossuth, de hacienda; conde Szechenyi, de trabajos públicos; baron Eoyteos, de instruccion pública; coronel Lázaro Meszaros, de la guerra; y Gabriel Klauzal, de comercio. Las poblaciones de Buda y de Pest saludaron este acontecimiento con una aclamacion general, y la capital de Hungría tomó una fisonomia mas tranquila. La grande obra de la reforma politica estaba cumplida; pero su aplicacion esperimentó una viva resistencia en las provincias del Mediodia y del sud-este de la Hungría.

Los acontecimientos posteriores á los hechos indicados están todavia demasiado palpitantes para que el público pueda haberlos olvidado. Si nos propusiéramos analizarlos,

tendriamos que entrar en reflexiones politicas, que no son de la indole del *Museo de las Familias*, y nos impondrian el deber de emitir ideas arriesgadas en los tiempos que alcanzamos, por lo que terminaremos diciendo, que, de todos los pueblos empeñados en las guerras de 1848 y 1849, los madgyares fueron los que mas llamaron la atencion y el interés de la Europa contemporánea: fué uno de los primeros que tocó, digámoslo así, el *somaten* de la independencia, y el último que se doblegó bajo el imperioso yugo de la fatalidad. ¿Durará mucho tiempo esta humillacion? La esperanza de la regeneracion húngara no ha muerto todavia.

I. A. B.

AMOR FILIAL Y GENEROSIDAD.

Un incendio redujo á cenizas una de las principales mezquitas del Cairo, y los musulmanes, habiendo imputado

esta calamidad á la perfidia de los cristianos, se reunieron en el barrio que habitaban y le prendieron fuego por via de represalia. Semejante atentado merecia el mas ejemplar castigo, por lo cual el gobernador mandó prender á los perpetradores de tamaño delito; pero como el número de ellos era considerable, no pudo resolverse á sentenciar á muerte á tantos jóvenes, que habian cometido este crimen mas por pasion que por malicia. Ordenó que metiesen en una urna tanto número de bolas como de culpables; algunas de estas llevaban escrita la palabra *muerte*, y las demas, la de *bastónada*. Despues que todos sacaron sus respectivas bolas de la urna fatal, uno de los destinados á la última pena exclamó lleno de pesar:

—No siento la pérdida de mi vida; pero ¿qué será de mis desgraciados padres, reducidos á la mas grande miseria, sin mi asistencia?

Unode aquellos que se habian libertado de la muerte, replicó al que se lamentaba de su desgracia:

—Amigo, no tengo padre ni madre; mi vida no es útil á nadie; dame tu suerte y toma la mia.

Este generoso sacrificio escitó la admiracion de los que le presenciaron; el gobernador lo supo al instante, y perdonó la vida á estos dos criminales.

TRADUCIDO DEL INGLES.

NOTICIAS HISTORICAS

SOBRE LA PÓLVORA, ARMAS DE FUEGO, Y ARTILLERÍA ESPAÑOLA (1).

II.

Testimonios del bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real. —Crónica de don Alvaro de Luna: crónica de los reyes Católicos, por Hernando del Pulgar. —Artillería ó máquinas de batir. —Armas manuales (espingardas, mosquetes, arcabuces, etc.). —Bombardas de Padilla, jefe de los comuneros. —Los doce apóstoles. —Escopetas de rueda y su etimología. —Bala. —Peticones de las Cortes y pragmáticas de 1570, 1607, 1611, etc. —Autores consultados.

Mientras no aparezcan nuevos documentos que saque á luz la escudriñadora mano de los anticuarios, está ya probado con datos irrecusables que en España (1312) fué donde por vez primera en Europa se hizo uso y aplicacion de la pólvora en el arte tormentaria. Todavía puede disputarse sobre á quién se debe el honor de invencion tan malhadada; pero en cuanto al pais donde se aplicó la pólvora en la guerra con anterioridad á las demas naciones, con grandes adelantos, no cabe duda alguna que fué en la Península, primero por los moros de Granada, y muy luego por los súbditos de los dominios del reino de Aragon.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, aparece tambien en la historia de la corona de Castilla copia de datos que prueban el uso de las nuevas máquinas de pólvora para la ofensa y defensa de las fortalezas, sin abandonar por esto los recursos de la antigua maquinaria, tal como ingenios, trabucos, gruas, ballestas, y aun piedras arrojadas violentamente por el impulso de las hondas y mandros-

nes. De la inclusion de varios pasages de algunos escritores de aquellos tiempos, podrá venirse en conocimiento del estado mas ó menos cabal de adelanto en las armas de fuego; y sea el primero en prestarnos curiosos datos el bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real, que en su Centon epistolario lo mismo nos da noticias de los bautismos, torneos y zambras que de las intrigas palaciegas y pependencias de los ricos-homes de su tiempo. En la epístola 41, cuando esplica la manera como el rey don Juan II quiso atraerse los ánimos de los infantes y sus secuaces que revelados estaban en la torre de Alburquerque (1430), enviando con el pendon real á muchos caballeros y fijosdalgo con un *faraute* ó heraldo para que junto á sus muros les leyera el perdón que casi á todos concedia, dice: «Mas aunque las palabras del cartel sonaban mansas é caritativas, aquello que se respuso de los adarves fueron saetas é *truenos de salitre*: é una piedra que destos dió cerca del cuerpo del rey, partió en dos la lanza que tenia por la empuñadura Juan de Silva, capitan mayor de la frontera de Jerez cabe Portugal.»

Con referencia al año 1435, se lee en la crónica de don Alvaro de Luna (título 35): «Puesto el condestable en esta ordenanza, entró con su hueste en la tierra de los moros, é pasó por Illora, junto á la villa de Alcalá la Real, la qual es quatro leguas de la cibdad de Granada, donde le tiraron muchas *saetas, truenos é lombardas*.» En la misma crónica y título 37 se prosigue diciendo: «E porque en una torre de la puente de Pinos quedaron algunos moros, el condestable mandó quedar alli á la derribar á Juan Carrillo, adelantado de Cazorla, é á Juan de Silva, é Fernan Lopez de Saldaña caballeros de la su casa, los cuales muy prestamente le hicieron tirar con una lombarda, por quanto los moros que dentro estaban, é fué derribada muy aña.» Mas adelante, hablando de cómo en 1446 fué el rey don Juan sobre Atienza y cercó el condestable esta fortaleza, dice: «Falló el maestre un caberzo alto é agro de todas partes, que estaba frontero á la villa, tan desviado, que non podian llegar á él *piedras de trueno*.» Y sigue muy luego: «E por quanto alcanzaban muchas *piedras de trueno* al real de las que lanzaban los de la villa, el rey tovo consejo de como faría acerca de aquello... Despues que los de la villa vieron que la gente del rey se iba acercando, é aposentándose por las casas de los arrabales, comenzaron á disparar las ballestas, é *culebrinas*, é á echar *piedras con las fondas, mandrones*... Despues andaba dando prisa el condestable para que las *lombardas é engños* que el rey tenia tirasen á menudo donde mas daño pudiesen facer á los de dentro...» Por los mismos años se mencionan entre las máquinas bélicas comprendidas ya con el nombre de *artillerias*, las *culebrinas* y *espingardas*, que tirarian seguramente pelotas de plomo ó de hierro, pues no espresa la crónica que fuesen de piedra, como lo hace respecto de los demas instrumentos de guerra, tanto lombardas, como truenos. Y seria ya en aquellos tiempos tan importante el arma de artillería, y de tanta consideracion en los ejércitos reales, que segun Capmany en 1465 era su direccion y gobierno un empleo muy honorífico y de grande confianza, conferido á personas de la mas alta distincion y nobleza. Aquel año obtenia en Aragon este cargo don Ponce de Cabrera, con el título de administrador y capitan de la artillería. Tambien ofrece abundancia de datos sobre la antigua artillería la

(1) Véase la página 13 de este tomo.

crónica de los reyes Católicos, escrita por Hernando del Pulgar, de la que solo entresacaremos los mas precisos en obsequio de la brevedad. En el capítulo 34, hablando de cómo el rey don Fernando tomó la ciudad de Zamora, defendida por el rey de Portugal, dice: «El alcaide quando vino venir la gente de Juan de Porras tirando *pedras é saetas y espingardas*, á grandes voces dijo: Castilla, Castilla por el rey don Fernando é por la reyna doña Isabel... Los portugueses peleaban osadamente; pero como el fuego que habian puesto á la puerta de la puente les impedía la entrada, recebian gran daño de los tiros de *espingardas, é ballestas*, que tiraban los de dentro.» Hablando relativamente al sitio puesto á Fuenterrabia en el año 1476, prosigue el cronista diciendo: «Como fueron los franceses fornecidos de mantenimientos que ficiéron traer por mar á Bayona, é de pertrechos, é de *tiros de pólvora*, é de las otras cosas necesarias para el combate; volvieron para Fuenterrabia con toda su hueste; y á la menguante del mar, pasaron el rio con toda la *artilleria* é pertrechos que traian... E como non podian llegar á combatir la villa, porque los impedía los muchos *tiros de pólvora* que tiraban los Guipuzes: acordaron de facer una mina abierta, honda en tierra obra de estado é medio de un home... El rey así mesmo habia enviado á aquella villa una *lombarda* gruesa, mayor que ninguna de las que traian los franceses, é otros muchos *tiros de pólvora* é maestros de *artilleria*...» Tambien en las guerras de los mismos reyes Católicos con los moros, se mencionan repetidas veces los *tiros de pólvora*, que eran las bombardas ó máquinas mayores, y otros instrumentos de menor calibre llamadas *servatanas, ribadoquines y pasavolantes*, que no hay duda alguna fueron inventados despues de los *truenos y lombardas*. En el capítulo 33 de la tercera parte de la crónica del ya citado Hernando del Pulgar, veridico escritor de aquellos sucesos, y de muchos testigo de vista, se lee cómo el rey tomó á los moros la villa de Halorca: «Luego el rey partió de la cibdad de Córdoba con todos los caballeros, é gente de á caballo, é de á pie que la reyna habia fecho juntar... Iba ansimesmo gran número de carros con la artilleria, ó una gran parte de los peones pasaban adelante por las sierras é puertos de aquella tierra, allanando los caminos é lugares ásperos por donde pudiesen pasar los carros... Esta villa es tan fuerte é puesta en tal sitio, que los moros rezelaban poco de ninguna fuerza, ni combate. El rey puesto en su real, mandó asentar la artilleria, é que tirase á cierta parte del muro, é de las torres: los moros ansimesmo tiraban con *espingardas*, é con otros *tiros de pólvora* é *saetas con yerbas*... Asentadas las *lombardas grandes*, é comenzando á tirar, derribaron dos torres, é una gran parte del muro. E como aquella parte del muro fué caida, los moros trabajaron por facer otro muro de tapia por de dentro para se defender; pero los *ribadoquines*, é otros *tiros de pólvora* tiraban tantas veces á aquella parte do el muro que habia caido, que los moros no tenían lugar de facer ninguna defensa dentro. Visto por el rey como las torres eran caidas, mandó aderezar los *bancos pinjados, é gruas é mantas*, é los otros pertrechos necesarios para el combate...» Prosigue el cronista refiriendo cómo don Fernando tomó la villa de Setenil, causando grande estrago con las *lombardas* por espacio de tres días: «Y entretanto los otros *tiros de servatanas, é pasavolantes, é ribadoquines*, tiraban á la casa

de la villa, é mataban los homes, é mugeres, é niños, é derribaban las casas.»

Pero de donde se viene en mas conocimiento del estado y método que se seguia en todo lo relativo al arma de artilleria, á fines del siglo XV, es de la lectura de los capítulos 44 y 44 de la citada parte de la referida crónica, en que se vé el orden con que se servian y guardaban aquellos instrumentos bélicos, y los pasos que se iban dando en el arte tormentaria con estrañas invenciones de proyectiles que venian arrojando por el aire centellas y grandes llamas. En el capítulo 44, tratando de cómo juntaron los reyes Católicos sus gentes para entrar en el reino de Granada en 1485, dice Hernando del Pulgar: «Otro sí mandaron traer gran número de bueyes de las tierras de Avila, é de Segovia, é de otras partes, é carros para llevar las *lombardas*, é otros *tiros de pólvora*, é las *escalas, é mantas, é gruas y ingenios*, é otros pertrechos para combatir: con lo qual venian carpinteros con sus herramientas, é ferrieros con sus fraguas, que andaban de continuo en los reales, y en todas las otras partes por do se llevaba el artilleria, é *maestros lombarderos, y ingenieros, é pedreros* que facian *pedras de canto, é pelotas de fierro*, é todos los maestros que eran necesarios, é sabian lo que se requeria para facer la pólvora, é para todas las cosas que eran menester. De cada *lombarda* daban cargo á un home, para que solicitase de tener la pólvora, é todos los aparejos que le fuesen menester; de manera que por falta de diligencia no dexasen de tirar. Otro sí mandaron que dos capitanes con la gente de caballo é de pie de sus capitanias andoviesen de continuo en la guarda del artilleria, é de la pólvora.» En el capítulo 44, describe cómo el rey puso cerco á la ciudad de Ronda y combatió y tomó sus arrabales en el espacio de cuatro dias de un horroroso y nutrido fuego de *lombardas gruesas*; y se buseó en seguida sitio á propósito para asentar la artilleria y ganar la ciudad: «E como fué asentada, luego comenzaron á tirar juntamente las *lombardas gruesas*, con los otros *tiros de pólvora medianos, é menores*. Armáronse así mesmo los *ingenios* é los *cortaos* que tiraban á la cibdad. Otro sí ficiéron los maestros del artilleria unas *pellas grandes de hilo de cáñamo é pez, é alcrevite, é pólvora, confeccionados con otros materiales*, de tal manera é compostura, que poniéndoles fuego, echaban de sí por todas partes centellas é llamas espantosas, é quemaban todo quanto alcanzaban, y el fuego que lanzaba de sí, duraba por grand espacio, y era tan riguroso, que ninguno osaba llegar á lo matar. Ficiéron ansimesmo *pelotas redondas, grandes, é pequeñas, de fierro, é destas facian muchas en molde, porque en tal manera templaban el fierro, que se derretia como otro metal*: y estas pelotas facian grand estrago do quiera que alcanzaban. Las *lombardas grandes* tiraron tantas veces al muro de la cibdad é del alcázar, que derribaron gran parte de las almenas, é de las otras defensas que habia en las torres é adarves. Otro sí por otras partes tiraban los *cortaos*, é los *ingenios*: é tantos y tan continos eran los tiros que facia el artilleria, que los moros que guardaban la cibdad á gran pena se ojan unos á otros, ni tenían lugar de dormir ni sabian á qué parte socorrer; porque de la una parte las *lombardas* derribaban el muro, é de la otra los *ingenios* é *cortaos* derribaban las casas. E si los moros trabajaban por reparar lo que las *lombardas* derribaban, no habia lugar de lo facer, porque los otros *tiros*

de pólvora medianos que continuamente tiraban, no les daba lugar á lo reparar, é mataban todos los que estaban sobre la cerca. Otrósi con un *ingenio* echaron una *pella grande de fuego* dentro de la cibdad, la qual venia por el aire echando de sí tan grandes llamas, que ponía espanto á todos los que la veían. Esta *pella* cayó en la cibdad, é comenzó de arder la casa donde acertó. Los de la cibdad, á quien su gran fortaleza largos tiempos habia dado confianza de seguridad, mudada súbitamente su confianza en turbacion, é su seguridad perdida con el miedo, ni podían tomar armas, ni administrarlas, porque veyendo á los unos caer feridos, é á los otros muertos, arder las casas, caer las torres, estaban tan turbados, que no sabían á qual lugar socorrer, ni qué consejo tomar. Porque ninguno podia estar, ni en el muro defendiendo, ni por las calles andando, ni haciendo otra alguna manera de defensa. Las mugeres, no acostumbradas de tal infortunio, é los niños, enflaquecidos con el espanto del fuego, é de los golpes de las lombardas, daban voces, é lloraban, unas las muertes de sus maridos é de sus hijos, otras sus heridas, otras la destruccion de la cibdad. E con los gritos é llores que facian, desmayaban los moros principales, é privado el sentido, perdian las fuerzas para dar remedio á sí, ni á la gente de la cibdad.»

Durante los últimos años del mismo siglo XV, continúan mencionándose las *lombardas gruesas* ó *mayores*, y los *tiros de pólvora medianos* y *menores*, que comprendían los *ribadoquines* y otros instrumentos mas manuable, que no hay duda alguna hacían su efecto por medio de la pólvora, pues se lee repetidas veces que sus tiros *mataban homes é mugeres*. Y se hacia ya tambien por estos tiempos mas pronto y eficaz el servicio de las *lombardas* ó piezas de batir, pues tratando de cómo se ganaron las fortalezas de Cambil y el Arrabal, dice el referido Hernando del Pulgar: «E comenzaron á tirar las *lombardas gruesas* un dia miércoles, y en ese dia lanzaron ciento é quarenta piedras á la fortaleza del Arrabal, é derribaron dos torres é las almenas, é otras defensas que estaban sobre la puerta. E de tal manera fué aquella parte del castillo desbaratada, que los moros que estaban dentro no podían ponerse á defender aquellos lugares, porque los tiros que facian de continuo los *ribadoquines*, é los otros *tiros de pólvora medianos*, derribaban los moros que en aquellos lugares se ponían á reparar ó defender.» Tampoco hay duda alguna que el uso de tales máquinas se extendió con bastante rapidez dentro y fuera de España, pues ademas de poseer los reyes Católicos diverso número, ya de cinco, de seis y de diez ó mas *lombardas* en sus diferentes ejércitos y fortalezas, con gran porcion de operarios, herreros, fundidores y maestros de *facér la pólvora*, para subvenir á todo lo necesario, y aun les llegaban de fuera de sus dominios, como se lee respecto al sitio de Málaga de 1487, en que «vino por la mar un caballero que se llamaba don Ladrón de Guevara, con dos naos armadas que venían de Flandes, en las cuales el rey de los romanos, fijo del emperador, envió al rey ciertas *lombardas é tiros de pólvora*, con todos los aparejos que eran necesarios.»

Finalmente, de todo lo espuesto hasta aqui se deduce y puede asegurar con gran autoridad y fundamento que, á principios del siglo XIV (1312), se hizo uso de la pólvora en la guerra por los árabes de España, cuando todavía ningun-

na otra nacion de Europa soñaba tan siquiera en su descubrimiento; que muy luego los catalanes y aragoneses fueron los primeros cristianos que le prohibieron, y que en 1359 le poseían en tanta manera radicado con grandes adelantos, que le aplicaron en la guerra marítima, y pertrechaban ejércitos y fortalezas, lo cual prueba que conocían su uso ya de algunos años antes, y que por lo mismo fué anterior á la batalla de Creci y al ataque de Claudia-Fossa. Se deduce tambien que la pólvora empezó á usarse en máquinas de batir antes que en instrumentos mas ligeros y manuales, como fueron las *culebrinas*, *serbatanas*, *ribadoquines*, *espingardas*, *pasavolantes* y *mosquetes*, inventados mucho despues de los *truenos* y *lombardas* ó *bombardas*. Nada diremos de la etimología de los nombres de estas máquinas, aunque de algunas de ellas lo hace Polidoro Virgilio, que escribía en 1499; solo sí, que á principios del siglo XVI ó desde el reinado de Carlos V, recibieron las piezas de artillería que antes solo se llamaban *lombardas* y *tiros de trueno*, diferentes nombres estraños, en que mas se atendía: ¡capricho marcial que á sus formas, calibres y alcances, como *basiliscos*, *dragones*, *áspides*, *culebrinas*, *serpientes*, *falcones*, *girifaltes*, etc. A todos estos nombres ha venido á reemplazar el de *cañon*, introducido por los franceses en Italia en tiempo de Luis XII. A principios del mismo siglo XVI era ya voz corriente la de artillería; pues si la memoria no nos engaña, porque no lo tenemos á la vista, se lee lo siguiente en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Ayuntamientos de don Pedro de Torres, que comprende curiosas noticias desde 1413 á 1516: «Año 1507: en fin de setiembre ó en principio de octubre sacaron el artillería de tiros de pólvora y lombardas para ir contra el alcázar y castillo de Burgos, que tenía Juan Manuel, y no se quería dar al rey don Fernando, y se dió dia de Sant-Miguel, etc.» Que los *tiros de pólvora medianos* é *menores*, ó sean *ribadoquines*, *espingardas* y otros, no eran tan manuales como fueron despues los *arcabuces* y *escopetas*, pudiendo ser llevados de una parte á otra por un solo hombre que los disparara donde mejor le acomodase, sino que necesitaban su conduccion, colocacion y armamento, mas pausa é inconvenientes que nuestras armas útiles y ligeras, lo prueba el que de antemano se buscaba y acordara el sitio donde debían dejarse colocados para hacer su efecto sobre los enemigos, y ademas el que los proyectiles que lanzaban serían mucho mayores que nuestras balas de fusil, puesto que derribaban las tapias de las casas y lienzo de murallas: «é por aquellos portillos mandó el rey que tirasen los *ribadoquines* é otros *tiros de pólvora*, los cuales derribaban las casas é mataban homes é mugeres...» «...é los otros tiros se repartieron por otras partes, do fué acordado por los artilleros...» se lee en diferentes parages de la citada crónica de los reyes Católicos. Consta tambien por las historias sobre los levantamientos de las Comunidades de Castilla, que las *lombardas* y *culebrinas* eran trasladadas en cureñas de unas á otras partes. Por los mismos historiadores consta tambien que tenía cada una su nombre particular. En el libro VI de Maldonado, historiador verídico de aquellas revueltas populares, se lee que Padilla, valeroso gefe de los comuneros, inmolado en Villalar, «tenía grandes *culebrinas* y terribles *bombardas*, entre las que se contaba una muy grande, llamada vulgarmente San Francisco, porque se construyó bajo los auspicios del cardenal Cisneros: siendo

comun decir en las batallas: ¡*guardate de San Francisco!* Esta costumbre estuvo muy arraigada entre los antiguos artilleros españoles, y se ve muy en práctica en las guerras que Felipe IV sostuvo contra los catalanes. Fueron célebres en aquel tiempo los doce terribles cañones llamados *los doce apóstoles*, por estar bautizado cada uno con el nombre de uno de los doce apóstoles, y que merced á la destreza con que eran dirigidos, prestaron servicios importantes en las defensas de Perpiñan, Fuenterrabia y otras plazas sitiadas en aquellos tiempos.

Resta únicamente dejar consignado que, á la voz de *espingarda* y *arcabuz* sucedió después la de *escopeta*, disparándose esta nueva arma no con mecha como sucedía con aquellas, sino por medio de una rodaja que montaba la llave para que el pedernal diese lumbré é incendiase el cebo, llamándose de aquí *escopetas de rueda*. Parece que el inventor de esta voz, queriéndola formar del latín, dijo *scopipeta*, que equivale á *peteus, velferens scopum*; Covarrubias cree que viene de la palabra latina de origen griego, *scopus, meta ad quam sagittae diriguntur*, de la cual se deriva la italiana *scoppiare*, y asegura que otros opinan se habia de decir por onomatopeya *sclopetum*, del nombre latino *sclopus*, por la especie de sonido que produce el disparo de esta arma. A la voz *pedras de trueno* sucedió la de *pelotas*, usada en casi todo el siglo XVI, hasta que se introdujo y generalizó la de *bala*, voz de la Germania que significaba pelota de hierro ó plomo. Hubo tiempos en que el uso de la pólvora se miró como medio poco noble de vencer no solo á los hombres, sino también á las fieras, y por lo mismo se prohibió tirar (1552) con arcabúz á ningún género de caza. Pero notándose la falta de tales armas y de buenos arcabuceros, inconveniente que se vió en la rebelión de los moriscos de Granada, se quejaron las cortes

de 1570 de la «muy gran falta de arcabuces y de quien los supiese tirar, por no tener uso ni ejercicio dello,» y pidieron se diese «licencia para que se pudiese tirar con arcabúz á cualquier género de caza, tirando solamente con bala y sin perdigones, y no tirando á palomas.» Las cortes del año 1607 suplicaron al rey don Felipe III que solo se permitiese tirar á las palomas con bala rasa; y en la pragmática de 2 de enero de 1611, se prohibió tirar «á ningún género de caza con arcabúz ó escopeta, ni con bala, ni con perdigones, ni al vuelo.» Pero otra de 4 de noviembre de 1617 permitió todo lo que se habia prohibido en aquella; de manera que resultaron graves abusos, y fué preciso en 1618 declarar varias restricciones, y prohibir los arcabuces de menos de cuatro palmos de cañón, como también traer ni tener pistoletas bajo graves penas.

En cuanto á la artillería en su tercera época, desde el reinado de Carlos V, pues fué la primera y segunda hasta fines del siglo XV, no pertenece al estudio del anticuario y del cronólogo, sino á la historia de la ciencia y de la guerra moderna (1).

(1) Para mayor abundamiento pueden verse los escritos que hemos tenido presentes antes de redactar estas ligeras noticias, con las que solo hemos querido recordar un hecho sumamente glorioso para la historia de toda clase de adelantos de nuestro país, que en Europa aplicó con anterioridad á las demás naciones la invención de la pólvora en la guerra, primero por los moros de Granada, y luego por los catalanes y aragoneses. Véanse las *Crónicas de don Juan II de Castilla, don Alvaro de Luna, y de los reyes Católicos*; *Anales de Zurita, Memorias de don Pedro IV de Aragón, Crónica de San Luis por Joinville*, traducida por Ledel, año 1567; *Historias de Juan Villani y de Muratori* (Scrip. Rer. Ital.); *Cuestiones críticas de Capmany*; *Centon epistolario*; *Apuntamientos de don Pedro de Torres*; *manuscrito de la Biblioteca Nacional*; *Maldonado, historia de las Comunidades de Castilla*; *Cartas de Gonzalo de Ayora*, 1503; (imp. en 1794); *Robertson, historia de Carlos V*; *Dic. Enciclop. de Basús* (artículos relativos á la artillería); historiadores catalanes de la guerra de los Segadores de 1640 á 1652, exceptuando á don Francisco Manuel de Melo, etc.

FLORENCIO JANER Y GRAELLS.



Lago Balaton en Hungría.—Pág. 162.